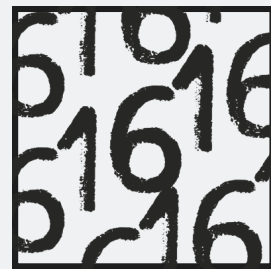


mayo 2026

# #1: lo que se pierde



seis más uno  
REVISTA LITERARIA

ficción · no ficción  
ensayo · poesía  
reseñas · entrevistas  
**+ editorial**



CRÉDITOS FOTO: VÍCTOR VIVES



**¿Quiénes Somos?** 02  
Equipo Editorial

**+1 Editorial** 04  
¿Por qué escribir?

**1- Ficción** 06

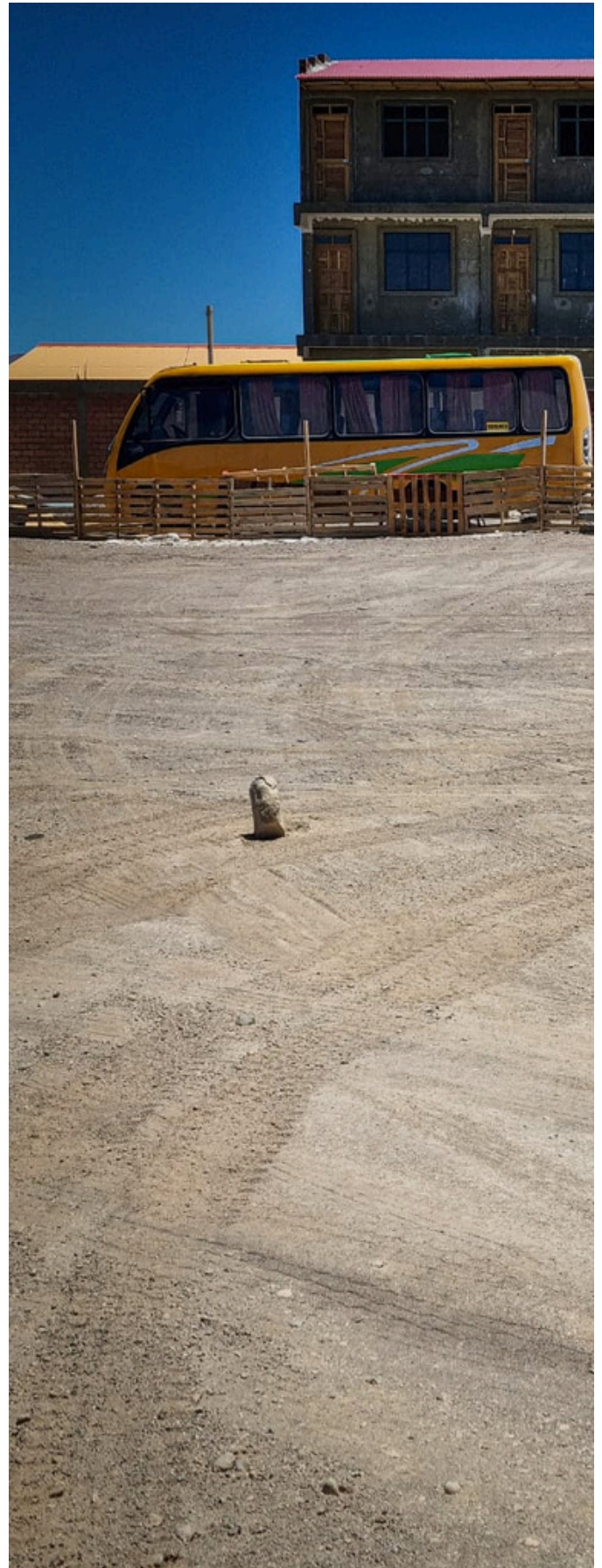
**2 - No-Ficción** 38

**3 - Ensayo** 44

**4 - Poesía** 58

**5 - Reseñas** 80

**6 - Entrevista** 84



# Equipo editorial

**Jesús Zamorano**  
Valdivia, Chile



Profesor de lenguaje en alguna parte del sur de Chile. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica (UCHile), Administrador Público (USS), y estudiante del Magister en Escritura Creativa de la UDP.

Cree que el mundo se empieza a acabar el 2035 (o que ya acabó y no nos dimos cuenta), ama a sus hijas y le gustan los gatos (pero tiene perros).

**Javiera Barrientos**  
Santiago, Chile



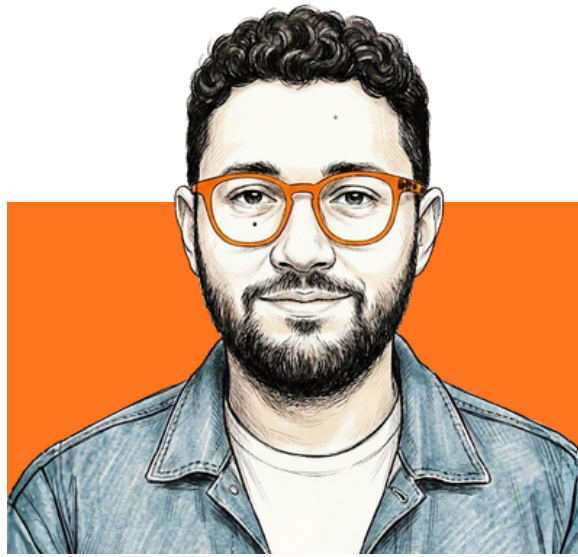
Actriz, dramaturga, directora y docente teatral, egresada de la Escuela de Teatro de la Universidad Mayor (2019). Ha estrenado las obras de su autoría R.E.B.O.R.N, En Buenas Manos y Requisitos; las últimas dos de la Compañía Gato Chino de la cual es fundadora. En el año 2024 se adjudica la Beca de Creación Literaria con su proyecto de cuentos Punto rojo en el mar. En la actualidad se encuentra cursando el Magister en Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.

**Cecilia Zamorano**  
Santiago, Chile



Cartógrafa, vive en la provincia Cordillera. Amante de los libros, los mapas y viajar. El gusto por escribir se originó en la infancia. Ha participado en talleres literarios y publicado en libros colectivos. Alumna del Magister de Escritura Creativa de la UDP.

**Paulo Cañón**  
Cajicá, Colombia



Más colombiano que el ajíaco. Comunicador social y periodista. Se considera un fan hasta el tuétano de la obra de Philip Roth, los choripanes y las mandarinas. Odia profundamente las cámaras 360° en eventos corporativos. Sus búsquedas narrativas exploran las tensiones entre la memoria, la identidad y los vínculos cotidianos. Actualmente cursa la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales.

# Equipo editorial

**Víctor Vives**  
Colchane, Chile



Nacido en La Serena, Chile, en el año 1990. Desde hace 11 años se desempeña como docente de música en el Liceo de Colchane Altiplano Chileno, donde comenzó su interés por la literatura. Sus escritos giran en torno a la experiencia en el altiplano, abordando temáticas de identidad, frontera, arraigo y docencia. Actualmente cursa el Magíster en Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.

**Lillian Contreras**  
Santiago, Chile



Periodista y licenciada en Comunicación Social, con experiencia en comunicaciones institucionales en el ámbito público, especialmente en temas municipales. Cuenta con estudios en gestión cultural y gerontología social. En su escritura aborda la memoria, la identidad y el exilio en las distintas generaciones. Concibe la escritura como una forma de comprensión histórica, herencia y búsqueda de sentido. Actualmente cursa el Magíster en Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.

**Natalia Rodríguez,**  
Villa Alemana, Chile



Realizadora Audiovisual especialista en el Desarrollo de proyectos. Ha contribuido en diversos proyectos audiovisuales de ficción y documental como directora, productora, y guionista. Además, trabajó como asesora de comunicaciones y *speechwriter* en la cámara de diputados de Chile. Actualmente es Docente en la Escuela de Comunicaciones de Duoc UC en la sede Viña del Mar, para las carreras de Comunicación Audiovisual y Animación digital. Es Magíster en Escritura de guion cinematográfico en la UFT y actualmente cursa el Magíster en Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.

## +1 - Editorial: ¿Por qué escribir?



Hoy sobre todo pareciera que está todo dicho (y si no, ya las IA harán su parte). Entonces, ¿por qué escribir? ¿Mera necesidad de trascendencia? ¿Tedio extremo - spleen- y algo con qué combatirlo? ¿Algo más? Abelardo Castillo nos aventura una respuesta en *Ser escritor*: “El único lugar donde un hombre [humano] que escribe se comunica es en sus libros, y son sus personajes quienes hablan por él. Los escritores, en general, son grandes tímidos”. No sabemos muy bien por qué lo hacemos (habrá tantas respuestas como escritores), pero a todos nos mueve la necesidad: la de escribir, la de comunicar(se).

Por ello nuestro afán revisteril es necesario. El nacimiento de *Seis más uno* asume importancia en tanto nicho comunicacional, portal que aloje distintas y distantes voces ligadas a la experiencia literaria: reseñas, crónicas, entrevistas, poemas, ensayos y narraciones breves están invitadas a la fiesta. Y claro, también lo está el editorial. Siete tipos de textos como número de integrantes tiene la revista. En realidad, seis más uno.

Para nuestra primera publicación escogimos un tema amplio y que pudiera implicar diversas experiencias: “lo que se pierde”. Aquello que, por uno u otro motivo, queda atrás o afuera; o escondido o relegado en algún cajón, ya sea del escritorio, mental o imaginario.

El tema es tan amplio, que por mucho que conversamos ninguno de los miembros coincidió en la manera en que nos vinculamos a él. Lily, por ejemplo, lo enfoca desde lo comunicacional: “Se pierde mucho cuando no comunicamos lo que realmente queremos decir, y cuando escuchamos solo lo que deseamos oír, en lugar de lo que el otro intenta expresar. La falta de comunicación nos hace perder tiempo, paciencia e interés.”

Por su parte, Javiera lo examina desde la vorágine diaria: “Creo que mi relación con la pérdida está escondida debajo del exceso. Exceso de trabajo, de pendientes y de panoramas. Hay algo muy propio, muy de adentro que tiene miedo de perderse, mientras que, debajo de ese cerro de tareas por hacer, efectivamente, se va volviendo más difícil de encontrar”.

Pero también está en lo más íntimo, en ciertos hitos que nos recuerdan que la vida avanza y hay belleza en su contemplación. Así nos lo demuestra Víctor: “Hace poco mi hija perdió un diente. Ahora su lengua se asoma por el huequito que dejó. Busca y busca un miembro fantasma”.

Puede tener tantos enfoques, estar en todo. Como en las tragedias mínimas, nos señala Paulo: “Perder en el sentido sencillo es lo que más me llama la atención para este número. Perder cosas pequeñas: las llaves, alguna moneda, el bus que se va unos segundos antes de que lo alcancemos. Perder el sueño maravilloso una vez que uno se despierta. Perder una idea por distraerse. Perder la página del libro por no tener un separa páginas. La pérdida como una pequeña y casi inerte calamidad. La de todos los días, que a todos nos cubre y siempre sale inocente. La que no inspira poemas ni escritos grandes, sino meros disgustos, tan pequeños que ni siquiera vale la pena pensar en ellos más de un día”.

También podría enfocarse desde su opuesto. Para Jesús, lo que se pierde: “Es el reverso de la moneda, algo que se tuvo y que ya no está, un fantasma que viene a visitar. Ese solo hecho implica la vida en toda su dimensión”.

O como dice Natalia: “Perder muchas veces nos abre un espacio para lo nuevo, para ganar nuevas oportunidades, cosas e incluso experiencias. Perder también puede ser ganar”.

Puede ser Cronos y el intento por combatirlo, recuerdo y olvido, como lo vivencia Cecilia: “Mientras revisaba unas carpetas con fotos antiguas encontré los rostros de tantos que ya no están en este plano —distintos tipos de lazos y amores, personas e incluso mascotas queridas—. Sentí que el tiempo se había ido raudo. Ese tiempo que no se detiene, que avanza sin mirar atrás, y lo imposible que es volver a ese instante donde todavía estaban”.

Lo que se pierde nos moviliza, nos detiene, nos provoca, nos invita. Y nos propone una excusa más para escribir.

El equipo editorial



# 1 - Ficción

## **Mausoleo**

Por: Christian Solano

## **Poco**

Por: Jesús Zamorano

## **Mecánica Bestial**

Por: Villanías

## **Dos microrrelatos**

Por: Cecilia Zamorano

## **Enfermedad Huérfana**

Por: Paulo Cañón

## **No recuerdo nada**

Por: Lillian Contreras

## **Bajo la piel**

Por: Joaquín Toro

## **La botella**

Por: Tomás Veizaga

## **Ensalada a la chilena**

Por: Betsabé Herrera

## **Calle las Azucenas 56, Coquimbo**

Por: Belén Picart

## **Mehr Licht**

Por: Rafael Velásquez V.

## **Esta porción de maravilla**

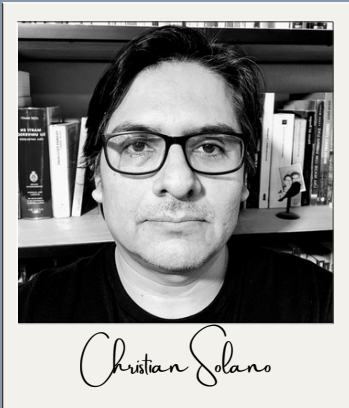
Por: Magalí Manzione

## **Los días mueren y renacen.**

Por: Belén Picart

# Mausoleo

Christian Solano



## Sobre el autor:

*(Lima, 1976). Estudió Literatura Hispanoamericana en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Publicó los libros de cuentos: Una calma aparente (Lima: Animal de invierno, 2017), Motivos de fuerza mayor (Santiago de Chile: Ediciones Sherezade, 2015) Almanaque (Lima: Micrópolis, 2014). Actualmente cursa el Magister de Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales de Chile*



Visitar muertos me parece una tortura innecesaria. No entiendo ese afán de seguir aferrado a alguien que ya no está, a un cuerpo que ya no lo es, porque eso que se pudre dentro de un ataúd, pars nada es la persona a quien amábamos. En mi documento de identidad aparece la opción «Donante de órganos». No me importa lo que hagan con mi cuerpo vacío, pero si me obligaran a dejar indicaciones elegiría la cremación. Mis cenizas pueden colocarlas en un pote cualquiera, nada ceremonial, se me ocurre uno de helado Donofrio de litro, un «peziduri» tricolor o un chocochips, no sé, a lo mejor así podrían meterme a la nevera, después de todo, a mí siempre me gustó mucho el frío. O bien podría ser una lata grande de café para que ese olor amargo disimule el mío. Desde luego, esto jamás se lo diría mis padres. Siempre que pude, evité acompañarlos al cementerio para visitar a mi abuelo. Cuando estaba en la universidad, logré evadir las visitas inventando algún examen o trabajo grupal. Después de casarme, reconozco que en varias ocasiones usé como excusa que Fabián estaba enfermo.

Para visitar a mi abuelo, teníamos que venir desde Comas hasta la cuadra dieciséis del jirón Ancash, en Barrios Altos. En la entrada del cementerio «El Ángel» están dispuestas las tiendas de flores, cuyas vendedoras se acercaban a ofrecer arreglos coloridos, rociados con agua para que se luzcan más brillantes y se conserven más tiempo. Una vez dentro, debíamos caminar entre veredas llenas de mausoleos para llegar hasta los pabellones que albergaban edificios hacinados de nichos. Mis viejos y mis tíos siempre sabían el lugar exacto. No me avergüenza confesar que de haber venido solo no habría recordado cómo llegar hasta el pabellón y quizá se me hubiera ido el día adivinando entre las pequeñas letras de los últimos niveles, dónde descansaba mi abuelo con exactitud. Alguna vez, mi viejo me contó que acá estaba la tumba del Chino Velasco y que, en el 80, la había dinamitado Sendero; años más tarde me enteré que José María Arguedas también estuvo enterrado aquí, aunque después sus restos los habían trasladado a Andahuaylas y en su lugar solo quedaba un cenotafio descuidado. En cambio, a pesar de que pude visitar la tumba de Martín Adán, nunca aumentó mi disposición por volver. Un cementerio no tiene el atractivo de un museo, aunque la memoria no necesita lugares específicos para recordar.

En la antigua Roma, la ley obligaba a sus ciudadanos a enterrar sus muertos a orillas de los caminos que salían de las ciudades. La gente creía que, si no atendían a sus muertos, estos podían aparecerse para hacerles daño, por eso era mejor tenerlos cerca para llevarles ofrendas. Se creía que los muertos querían estar cerca de los vivos, incluso algunas inscripciones mortuorias sentenciaban que el difunto yacía en el camino, como para ver quién entra y sale de la ciudad, o que estaba en ese lugar específico para que lo recuerden al pasar. Resultaría muy práctico que las tumbas estuviesen al lado de los caminos ahora, de ese modo ya no tendríamos que ir a los cementerios. Si mis abuelos estuviesen enterrados, por ejemplo, de camino a mi trabajo, pasaría a su lado todos los días, por lo menos, dos veces.

Los primeros cementerios en Lima eran terrenos inmensos de jardines, alfombrados con veredas de concreto que le daban un aspecto de grandes parques, pero con el tiempo se fueron tugarizando. Además de los precios inaccesibles, la migración obligó a la creación de cementerios nuevos en los conos, con sus propias normas, con costumbres de sus pueblos, con visitas que incluían comida y cerveza, los entierros se tiñeron del color de las fiestas patronales provincianas. En cambio, ahora los camposantos construidos a las afueras de Lima están dirigidos a una clase pudiente que quiere alejarse del bullicio popular. Los ofrecen como lugares de tranquilidad y respeto, rodeados de naturaleza, como albergues sobrios de recogimiento para nuestros seres queridos. No se habla de muertos, se promocionan como lugares atractivos para los visitantes, donde sí alcanzarán la paz espiritual que necesitaban en vida quienes partieron y donde, quizá, hasta puedan expiar sus pecados los que pagan. Es una suerte que mi abuelo no esté enterrado en uno de esos parques exclusivos, porque hubiésemos tenido que ir mucho más lejos a visitarlo.

Durante las visitas a El Ángel, mi viejo solía contratar al saxofonista que rondaba entre los pabellones complaciendo pedidos musicales, con la esperanza de que una canción traiga de vuelta a quien se visita, aunque sea por ese breve instante que dura la música.

*Soy uno más en tu vida, un pasajero en tu camino  
Puedes dejarme donde quieras, si ya no tienes sentimientos  
No importa aquí o más allá, que para mí todo es lo mismo  
En el camino del romance, soy un viajero sin retorno.*

Reclama el huayno que más le gustaba a mi abuelo, como si estar ahí en lo alto de ese pabellón no fuera importante, como si su viaje fuera justificado porque amó en la vida.

*Una palabra amorosa y unas caricias, ahí me quedo  
Aunque después mal me paguen, esa es mi suerte conocida  
Quiero viajar sin retorno, para olvidar tus acciones  
Aún de muerto caminando, recordaré mis pasiones.*

Esa canción siempre me hizo pensar en la idea de que mi abuelo pudiera caminar después de muerto, recordando la vida. No me refiero a penar como un fantasma, sino a que los muertos caminaran entre nosotros, rebobinando sus mejores recuerdos. Es más, pensaba que podrían pasear por el cementerio al mismo tiempo que uno los visita, a lo mejor por eso es que fueron concebidos como grandes jardines con veredas amplias.

Fabián nunca conoció a mi abuelo. Rocío no quiso pisar un cementerio y me llegó a prohibir que llevara a nuestro hijo, decía que se le pegarían las malas vibras en un ambiente tan cargado. Aun así, lo llevé un par de veces. Rocío no se enteró. Por esos días trabajaba en una tienda de electrodomésticos y descansaba solo los miércoles. Los fines de semana, siempre éramos mi hijo y yo. Ante el persistente ofrecimiento de mis padres por llevarlo al cementerio a visitar a su bisabuelo a Fabián le entró la curiosidad. La primera vez él era muy pequeño, aún no hablaba, no podía haberme delatado. En cambio, la segunda fue a los siete años, cuando ya hacía demasiadas preguntas. Quiso saber cómo había muerto mi abuelo. Cómo lo habían subido hasta el último nivel de su pabellón. Por qué yo no venía tan seguido como mis papás. Por qué hay casitas en los caminos junto a los pabellones. Incluso para mí fue demasiado, le prometí que en la casa hablaríamos y durante todo el viaje de regreso no dejé de pensar en sus preguntas. Cuando, esa misma noche, quise responderle él ya ni se acordaba. Tratando ser concreto, le dije: A tu bisabuelo lo mataron los terroristas. No sé cómo lo subieron hasta allá porque yo no vine al entierro. No vengo tan seguido porque odio los cementerios. Y, esas no son casitas, se llaman mausoleos y allí están las tumbas de toda una familia.

No tuve que aclararle el significado de terrorista, algún tiempo atrás me había preguntado al respecto. Rocío y yo veíamos las noticias y Fabián jugaba a un lado, fingiendo no prestar atención a la tele o a nosotros. Aun así, preguntó por qué los terroristas mataban a los abuelos de la gente. Por un momento no supe qué contestar, estuve un rato mirándolo, intentando descubrir algo en su mirada, algo que no estaba en sus preguntas. Traté de maquillarle un poco la verdad para que la entienda. Le dije que los terroristas eran gente que hacía cosas malas, pero que creían hacerlas por motivos buenos, tu bisabuelo estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado, porque en un enfrentamiento entre policías y terroristas una bala perdida lo mató. Imaginé que, en su cabeza de siete años, esas explicaciones servirían como un parche que evitaría desencadenar más preguntas. Él había visto películas de acción donde había malos que mataban buenos, y buenos que mataban malos, le dije que era algo así, pero no supe explicarle cómo le podía caer una bala a alguien que no está en ninguno de los dos bandos. Se me ocurrió decirle que era como cuando en «Spiderman» le disparan al tío Ben, que era bueno y, sin embargo, por estar en el lugar equivocado en el momento incorrecto lo mataron. Se quedó mirando a la pared, imaginé que estaba proyectar la escena y me dijo que ahora sí entendía todo, pero yo mismo no tenía todo tan claro.

La madrugada del incidente dos de mis tíos tocaron a la ventana de mi habitación al confundirla con la de mis padres. Me despertaron y pude escuchar la primera versión de lo sucedido, que mi abuelo había tenido un accidente en la carretera y que estaba en el Hospital de Collique, cuando se iban alcancé a oír que mis tíos le pedían a mi viejo unas frazadas. Mi vieja se quedó en su cuarto y yo no pude conciliar el sueño hasta que ya empezaba a amanecer.

Cuando desperté, abrí la puerta de mi habitación y encontré a mi viejo saliendo del baño. Acababa de regresar del hospital, se había dado una ducha rápida, aún tenía restos de crema de afeitar en la cara. Le pregunté por mi abuelo. Su rostro se desencajó, los ojos se le aguaron. Me tomó del hombro para hacerme pasar otra vez, se sentó conmigo en la cama y lo vi quebrarse por primera vez en mi vida. Me tomó de los hombros, entre sollozos trató de empezar a hablar y no pudo, a mí se me caían las lágrimas, imaginé lo peor. Cholo, mi viejo, me dijo, se murió mi viejo. Yo empecé a llorar. Me abrazó con tanta fuerza, como jamás lo había hecho, y me aferre a él, presionándome con rabia, estaba molesto, quería que todo fuera una pesadilla, pensé que si lo apretaba con todas mis fuerzas me despertaría del mal sueño. Mi viejo se ha ido, Cholo, me lo mataron, clamaba. Su abrazo se fue haciendo más intenso, sentí que debía contenerlo. Apoyaba su cabeza en mi hombro, sus lágrimas empapaban mi pijama. Lloramos abrazados durante un buen rato, mientras él no dejaba de repetir: por qué me lo mataron, por qué. Allí, en mis brazos se desvanecía el hombre que había sido el modelo de entereza a lo largo de toda mi vida. Se mostraba frágil, vulnerable. En ese momento no supe cómo consolarlo, ni qué decir para hacerlo sentir mejor. ¿Qué le podía haber dicho yo a mi padre para confortarlo por la pérdida de su padre? Mi viejo, el que nunca se enfermaba, el que

soportaba todas las caídas, los golpes, las cortadas de los partidos de fútbol, el que se tiraba bajo el auto para revisarlo, el que no tenía miedo a nada, el que se enfrentaba a quien sea a pesar de su poca estatura, el que me levantaba si me tropezaba, en el que me apoyaba siempre, mi viejo, mi héroe, estaba ahí llorando conmigo.

Mi abuelo fue chofer toda su vida, en el momento del incidente manejaba un camión que transportaba medicinas para un laboratorio. Según el copiloto, un grupo de terroristas vestidos con uniformes de comando, que cubrían su cara con pañuelos blanquirrojos con pintas del MRTA los interceptaron antes de llegar a Huarochirí, querían robar la carga. Mi abuelo bajó para tratar de disuadirlos porque tres meses antes ya le habían robado el camión con un cargamento de medicinas, abandonándolo vacío a la salida de la ciudad, en unos arenales de Pachacamac. Intentó explicarles que seguro esta vez lo despedirían si volvía a ocurrirle algo así y encima sospecharían de él. Mi abuelo era un tipo ancho, corpulento; tenía la piel cetrina, brillante; no era un pusilánime al que amedrentarías con facilidad. Durante el altercado, los terroristas lo amenazaron apuntándole a la cabeza. Él tenía las manos levantadas, pero no retrocedió. Le exigían que abriera el contenedor. Como no cedió, dispararon. Mientras ellos discutían sobre si había sido necesario dispararle a mi abuelo, el copiloto aprovechó el altercado para bajar del camión y huir. La bala entró por el ojo, atravesó el cráneo, destrozándole el cerebro. Los terroristas se llevaron el camión y dejaron a mi abuelo desangrándose a un lado del camino. El copiloto se mantuvo escondido hasta que llegó la policía alertada por algún vehículo que pasó y vio el cuerpo, les ayudó a cargar el cuerpo que creían con vida de mi abuelo a la patrulla y se lo llevaron al hospital más cercano.

A pesar de todo, esa mañana mi viejo me llevó al colegio como si fuera un día cualquiera. Después fue a encargarse del papeleo con mis tíos. Me contó que los policías quisieron coimearlos para cambiar el atestado. Para evitarse líos habían colocado que mi abuelo falleció en un accidente automovilístico, provocado por él mismo al quedarse dormido. Mi viejo quiso agredir al comisario, pero mis tíos lo detuvieron haciéndolo entrar en razón, porque podían negarse a entregarles el atestado para proseguir con los trámites. Mi viejo y sus hermanos sabían todo lo que pasó. El copiloto los había buscado para contarles todo luego de salir del hospital. No pudo cargar con la culpa de haber abandonado a mi abuelo. Cuando los policías se dieron cuenta de que la verdad se sabía, se vieron obligados a cambiar el atestado, aunque lo aprovecharon a su favor, atribuyéndose un protagonismo inexistente. En el atestado final, se lee que, durante un enfrentamiento entre ellos y los terroristas, una bala perdida le impactó a mi abuelo en el ojo.

En la formación del colegio, el cura pidió por el descanso eterno de la mamá de un alumno de primer grado que había muerto debido a un cáncer. En su discurso nos dijo que Dios la había llamado a su lado porque era una de sus preferidas. Odié que

Dios hubiera llamado a mi abuelo también, aunque eso de que fuera uno de sus preferidos me hizo pensar en que algo bueno debió haber hecho para que se lo llevaran. No le conté a nadie que mi abuelo había fallecido, pero mientras el cura hablaba deseé que también las oraciones que nos hacían rezar fuesen para mi abuelo. Mis lágrimas caían sin que pudiera evitarlo, cuando el auxiliar me preguntó qué me pasaba dije que me había entrado algo al ojo. En el salón solo me senté a esperar que llegara la hora de salida para poder irme a casa. Evité los recreos bajo la excusa de un dolor de cabeza. Recuerdo que no cambié de cuaderno en todo el día, garabateé sobre el mismo en todos los cursos, era mi cuaderno de Educación Cívica donde escribí muchas cosas sin sentido, aún lo conservo, debo tenerlo en algún lado.

En el velatorio vi a mi abuela llorando y esa imagen me destrozó. Le pedí a mi viejo las llaves del escarabajo blanco. Quiero estar solo, le dije. Todo lo que quería era sentarme en el asiento trasero a llorar sin que me vieran. Habíamos tenido que estacionar a una cuadra del lugar. Nadie me descubriría. En la bodega de la esquina compré una cajetilla de Hamilton y fumé varios cigarros. Cuando mi viejo vino a ver cómo estaba, no me regañó al encontrarme fumando. Apoyados en el auto me pidió que le encendiera uno. Fumamos en silencio. Cuando apagamos las colillas contra el piso me quitó la cajetilla. Ya te fumaste muchos, me dijo. Si pregunta tu mamá, le diremos que yo te invité uno. Asentí. Fue anocheciendo, el cielo no era negro, más bien tenía algo de violeta oscuro, sin estrellas. Los postes de luz amarilla apenas alumbraban. La gente en las calles iba y venía como si mi abuelo no se hubiera muerto.

Si bien los velorios o entierros se asocian a escenas desgarradoras, en el velorio de mi abuelo no las hubo, mi abuela lloró en silencio, mis familiares no hicieron escándalos, fue un duelo muy sobrio. Hace muchos años el duelo duraba un mes, pero no se podía salir a la calle, ni hablar en voz alta, las puertas se adornaban con crespones negros, algunos hasta cubrían la sala de su casa con telones negros y las visitas de pésame se recibían solo hasta las ocho de la noche. No recuerdo que en mi familia hayamos guardado luto, pero sí ver a mi abuela vestida de negro durante un año entero. Aquella navidad del 91 no la celebramos, solo nos reunimos. Cada uno compartió los mejores recuerdos que guardaba del abuelo, hubo mucho llanto, pero también risas ante algunas anécdotas. Aquella noche descubrimos y conocimos mejor a quien no volveríamos a ver más.

Las visitas dominicales al cementerio se tornaron obligatorias. El pabellón de mi abuelo se convirtió en un nuevo lugar de reunión familiar, a muchos solo los veía durante esas visitas. Luego comenzaron a hacerse más esporádicas con los años. En un inicio, solo veníamos los mayores, nada de niños o bebés. Con el tiempo solo los hijos, mi viejo y sus hermanos, asistían con cierta regularidad. Estoy seguro que nadie lo va a reconocer, pero para nosotros los nietos cuando adolescentes, nos resultaba tedioso venir y no tenía que ver con el amor que le teníamos al abuelo. Mi viejo dejó de insistir en que viniéramos todos, aunque a decir verdad solo pude desprenderme de la responsabilidad cuando me casé y me fui de casa.

Desde la madrugada en que me tocaron a la ventana tuve pesadillas. Me veía participando de la escena, o siendo testigo, a veces, incluso, era yo quien tiraba del gatillo. Unas veces me despertaba sudando, otras con ganas de gritar, pero siempre llorando. Quizá fue porque al principio a nosotros no nos contaron la verdad para protegernos.

A mi abuelo lo asesinaron. Me lo arrebataron. Me interrumpieron toda una vida de momentos que se acumularon en mí durante los primeros años de su muerte. Las pesadillas se fueron una vez que acepté que ya no volvería a verlo, que ya no podría visitarlo, que sólo quedaba mi abuela y eso, aunque suene cruel, no me reconfortaba. Entonces, dejé de soñar. No solo las pesadillas, todo. Me levantaba por la mañana y no recordaba lo que había soñado. Ya no recuerdo si fue de un momento a otro o de manera gradual, solo que sucedió. De pronto, ya los sueños no estaban conmigo.

Pensé que, si dejaba de soñar, a lo mejor conseguiría avanzar.

Acaso fue entonces que comencé a investigar acerca del asunto. Pregunté mucho a mi viejo, a mis tíos. Más tarde, busqué en vano al copiloto. Por alguna extraña razón supuse que si reunía la información suficiente podría hacer que algún periodista contara el caso para que su muerte no resultara impune. Me convencí de que, haciendo todo eso, sería más sencillo para mí aceptarlo. Quería que todos supieran la verdad, pero a la vez deseaba olvidarlo, borrar el asesinato de mi abuelo y seguir con mi vida, pero el recuerdo volvía una y otra vez.

Comencé anotando los hechos, todo lo que me dijo cada uno, hice notas de las notas, me convencí de que debía hacerlo así, como un trabajo de investigación periodística, que debería ser exhaustivo, incisivo. Para cuando terminé tuve que aceptar que ni conocer los hechos, ni atesorar los recuerdos se llevaría la incómoda verdad.

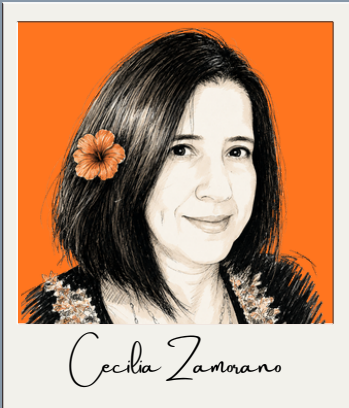
Recuerdo que, cuando estaba tirando mis notas, junto con algunas otras cosas inservibles, encontré el cuaderno de Educación Cívica que garabateé el día siguiente a la muerte de mi abuelo. Cualquier cosa escrita no habría servido para nada, las palabras eran inútiles, no hubieran podido llevarse el dolor, la pena, los recuerdos robados. Repasé con atención muchos de los garabatos en cada una de las páginas. Solo una llamó mi atención. Una página entera en la que se repetía la misma oración:

*Ayer, los terroristas mataron a mi abuelo. Ayer, los terroristas mataron a mi abuelo. Ayer, los terroristas mataron a mi abuelo. Ayer...*



# Dos microrrelatos

Cecilia Zamorano



Equipo Editorial 6+1

## Sobre la autora:

*Cartógrafa, vive en la provincia Cordillera. Amante de los libros, los mapas y viajar. El gusto por escribir se originó en la infancia. Ha participado en talleres literarios y publicado en libros colectivos. Estudiante del Magíster de Escritura Creativa de la UDP.*



### Tiempo de perdonar

Esa tarde de abril sintió que ya era tiempo de perdonar. Lo buscó en las redes, en un carrusel de fotos observó su silueta. Leyó comentarios y se detuvo en uno que decía: “Nuestro amigo vivirá por siempre en nosotros”.

Escarbó en sus recuerdos y en el último cajón de la cómoda encontró aquella libreta de datos. Solicitó por la web un certificado de defunción. Supo que una mañana de otoño él falleció.

### Una cita con Humphrey Bogart

Finalizaban los años noventa y en la discoteca Bogart del Barrio Bellavista, ese viernes comenzaba otra noche de “carrete”. Escuchábamos Virtual Insanity de Jamiroquai, cuando de pronto los alumnos de una escuela de teatro tras finalizar el año académico irrumpieron bulliciosamente. Uno de ellos personificaba a Humphrey Bogart. Llevaba un impermeable, sombrero y un cigarrillo en la boca. Bailamos y me sentí la heroína de esa película. Me regaló una pluma de su sombrero. Acordamos vernos al día siguiente. No acudí a la cita. ¿Él habrá asistido? La pluma aún la conservo.

**Poco****Jesús Zamorano****Equipo Editorial 6+1****Sobre el autor:**

*Profesor de lenguaje en alguna parte del sur de Chile. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica (UChile), Administrador Público (USS), y estudiante del Magister en Escritura Creativa de la UDP.*

*Cree que el mundo se empieza a acabar el 2035 (o que ya se acabó y no nos dimos cuenta), ama a sus hijas y le gustan los gatos (pero tiene perros).*

A Gloria no le gustaba particularmente ir a la casa de don Héctor pero, aunque fuese poco, ese sueldo le permitía mantener a su hijo y a ella. El viejo nunca se había propasado ni insinuado; ni siquiera lanzado miradas con intención, no. Lo que no le gustaba era que en esa casa nunca hubiesen cosas para cocinar algo decente, ni productos para hacer el aseo en los escasos muebles, ni casi ropa que lavar. Debería estar agradecida. Poco trabajo y un horario ideal: llegaba a las diez y ya se podía ir a la una de la tarde.

Sin embargo, toda aquella estrechez le dejaba una sensación extraña, de anormalidad, de que algo iba en contra de la naturaleza humana. ¡Cómo alguien teniendo tanto dinero podía vivir de manera tan modesta! ¡Miserable incluso! Alguna vez le comentó que justamente esa había sido la clave de su éxito: ahorrar la mitad de su sueldo (o más, si pudiera), juntar un pequeño capital, comprar un pequeño terreno, construir y vender. Y luego otro más grande, construir una casa más grande, y vender. Y así sucesivamente hasta hacerse de varias propiedades para arrendar y una gran suma en el banco, la que mantenía en una cuenta con depósito a plazo.

Pero cuando hacía las compras con las pocas cosas que él anotaba -y la marca de cada producto que él señalaba-, no podía dejar de pensar en que ella, con el escueto pago que recibía, compraba más y mejor. Y ya no se atrevía a ir en contra de la voluntad del viejo luego del templado pero contundente regaño recibido al llevarle un producto que no estaba en la lista y que ella consideraba que él necesitaba. No, había que atenerse a lo que allí dijera: su letra era como escrita en piedra.

Ese miércoles debía cocinar para dos días y hacer el aseo de la cocina y baño.

Lavar la poca ropa que había y plancharla. Generalmente don Héctor salía cuando ella entraba, pero ese día, luego de abrir la puerta (tenía su propia llave) y saludar, la voz de su patrón no salió desde el living donde habitualmente la esperaba, sino desde la pieza. Gloria lo fue a ver para saber si le pasaba algo o necesitaba ayuda. El anciano la saludó y le dijo que no, que solo no se sentía muy bien, pero que ya se le pasaría, que no se preocupara y que hiciera todo como si él no estuviese. Gloria así lo hizo y salió como de costumbre a la una en punto, no sin antes preguntarle si necesitaba algo más o si llamaba a un médico.

Don Héctor le lanzó una de esas miradas que ella conocía bien, de reproche, pero a la vez cortés. Entendió con ello que le estaba señalando que no se metiera en sus asuntos, que lo dejara solo puesto que sabía lo que tenía que hacer y no necesitaba que nadie se preocupara de él.

No insistió y se fue diciéndole que el viernes vendría de nuevo y que tuviera lista la lista de la compra para ir al supermercado apenas llegara. Gloria sabía que decirlo era innecesario, que siempre estaba en la mesita de arrimo los viernes y el viejo paseando o atendiendo alguno de sus negocios en el banco. Pero lo hacía por molestarlo un poco, para que regañara un poquito y así comprobar que era una persona como todos los demás.

El viejo le respondió a regañadientes que así sería, como siempre, y que ella debía limitarse a traer lo que allí pusiera: “y si no hay algo entonces nada”. Gloria salió de la casa con una leve sonrisa, como aquella que hacía su hijo cuando pensaba o hacía alguna travesura y estaba a punto de ser descubierto.

Al llegar el viernes Gloria saludó como de costumbre, esta vez sin respuesta. La lista estaba en la mesa de arrimo, así que nada más entrar la tomó y salió a hacer las compras. Esta vez incluía un par de cosas más: vino y queso. “¡Todo un lujo!”, pensó Gloria, a quien le sorprendió ver aquellos productos, ya que ni eso se permitía el viejo, por lo general. Al parecer quería darse un gustito la noche siguiente viendo el Teatro en Chilevisión.

De vuelta saludó nuevamente y tampoco obtuvo respuesta. Al avanzar hacia la despensa se percató de que había un olor extraño. Pensó que quizás se había quedado comida afuera del refrigerador. Al avanzar se hizo más intenso, repugnante. Se dirigió entonces hasta la pieza, de donde creía provenir el hedor. Al abrir encontró a don Héctor en su cama, con los ojos abiertos y un rictus de dolor, aferrado a las sábanas, totalmente rígido. La televisión estaba encendida, con poco volumen, “como si se fuera a gastar si la escuchaba más alto”, pensó Gloria unas horas después, mientras contaba lo ocurrido a los carabineros que llegaron al lugar.



# Enfermedad huérfana

Paulo Cañón



Equipo Editorial 6+1

## Sobre el autor:

*Más colombiano que el ajíaco. Comunicador social y periodista. Se considera un fan hasta el tuétano de la obra de Philip Roth, los choripanes y las mandarinas. Odia profundamente las cámaras con plataforma 360° en eventos corporativos. Sus búsquedas narrativas exploran las tensiones entre la memoria, la identidad y los vínculos cotidianos. Actualmente cursa la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales.*

Hoy, por la mañana, la boca se me comenzó a endurecer, extendiéndose hasta tener el tamaño y la forma de un pico. En un principio me pareció extraño, pero me di cuenta de que así era mucho más fácil comer lombrices y terminé dejando que pasara.

Al mediodía, en el pecho me comenzaron a brotar plumas, todas grises, que se abrieron camino bajo la piel y salieron de ella, causándome un montón de pequeños dolores, similares a piquetes de avispa. De algún modo supuse que así tendría mucho menos frío y que ahorraría dinero en ropa, por lo que tampoco me importó que sucediera.

En la tarde, los pies se me torcieron y se transformaron en dos patas alargadas y amarillentas; entonces las uñas fueron volviéndose garras negras y algo filosas. Como nunca me ha gustado utilizar zapatos, decidí que eso también era bueno.

Y ahora estoy agarrado al borde de la ventana, esperando que poco a poco los brazos se me vuelvan unas alas, para ver si así puedo ahorrarme, de una vez por todas, esa molesta costumbre de tener una casa y no poder vivir en el cielo.



# Mecánica Bestial

## Villanías



### Sobre el autor:

*No hay mucho que contar, excepto que es una persona local a la que le gusta leer, escribir y, a ratos, dibujar.*

La bestia merodea. La bestia olfatea. La bestia tiene hambre. A la bestia le cruje la guata. A la bestia le hierva el útero. A la bestia le sangran los testículos. La bestia se pregunta si acaso será la tan aclamada bestia bíblica «No te dí tanto color, apenas te alcanza pa' bestia de feria», le responde la bestiezuela en el espejo. La bestia suspira. El espejismo se empaña. La bestia lo limpia. El espejismo se rompe. La bestia derrama una lágrima que sulfura el piso flotante. La bestia se va a su rincón e intenta conciliar el sueño. En noches así la bestia recuerda a su madre muerta en el bosque. Cuando era una criatura chiquitita y de verdes cachetes la bestia se imaginaba cómo, de grande, sería quizás igual a su madre —una bestia independiente y con una familia ya formada—. Pero el espejo roto le devuelve una bestia a medias, una bestia quebrada, una bestia mediocre. La bestia se agobia. La bestia se toma unos somníferos y se baja media botella de vino barato. La bestia intenta ver Netflix. La bestia intenta establecer contacto a través de las redes sonámbulas. A la bestia le hacen ghosting. A la bestia le hacen bullying. A la bestia nadie le da like o reacciona a sus post. La bestia pierde la paciencia y sale a caminar por la noche insómnica y llena de hambre. Algunos niños la señalan «¡Cáchate, la mansa bestia!». La bestia se sube la capucha roja y se pone los audífonos verdes. La bestia es, para más remate, daltónica. La bestia observa los cielos incoloros. Las ramas despojadas anuncian una nueva estación de frío, idéntica a la anterior. Esa imagen le evoca alguna canción, pero la bestia no sabe bien cuál canción. La bestia intenta comprarse un tocomple. La bestia intenta comprarse una sopaipa. La bestia intenta, por último, comprarse un Mc Ronals. De todos lados echan a la bestia. La bestia se siente harta y sola y hambrienta. La bestia hace un berrinche y grita y vomita y chilla. Las bandejas salen despedidas y vuelan alto los cuartos de libra y las papas. El ketchup salta sobre los impecables uniformes de los empleados. Los sorprendidos clientes con sus

dispositivos varios graban a la bestia en el colmo de su paroxismo. La bestia reacciona exactamente como todos esperan que reaccione y en esa obviedad hay cierta sorpresa. La bestia circula por las redes sociales. La bestia se vuelve viral. La bestia está en boca de todos. La bestia perdió la compostura, dicen. La bestia perdió el norte, dicen. La bestia perdió la cabeza, dicen. La bestia perdió a sus padres siendo muy chiquita. La bestia repitió la básica. La bestia no terminó la media. La bestia se endeudó hasta las cachas. La bestia no tiene formación secundaria. La bestia se ha farreado las oportunidades que le ha dado la vida. La bestia anda en malos pasos. La bestia ha sido puesta bajo custodia. La bestia ha sido confinada. La bestia es una amenaza para la sociedad. La bestia es un mal ejemplo para nuestros hijxs. La bestia las ha perdido todas. La bestia es, así, señalada. La bestia es, así, juzgada. La bestia es, así, perseguida. Las señoras de clase alta la persiguen. Los señores de terno y corbata la persiguen. Los uniformados la buscan. Los doctores de blanca bata la corretean. Los opinólogos la acorralan. Los psicólogos la asedian. Los realities y las cámaras la acechan. Pero la bestia escapa. La bestia corre. La bestia cabalga. La bestia se esconde en un cuento de hadas. La bestia se fondea en un pozo sin fondo. La bestia se funde con la frontera. La bestia jadea como bestia. La bestia aspira a cierta calma. La bestia sueña. La bestia sobrevive.



# No recuerdo nada

Lillian Contreras



Equipo Editorial 6+1

## Sobre la autora:

*Periodista y licenciada en Comunicación Social, con experiencia en comunicaciones institucionales en el ámbito público, especialmente en temas municipales. Cuenta con estudios en gestión cultural y gerontología social. En su escritura aborda la memoria, la identidad y el exilio en las distintas generaciones. Concibe la escritura como una forma de comprensión histórica, herencia y búsqueda de sentido. Actualmente cursa el Magíster en Escritura Creativa en la Universidad Diego Portales.*

Qué me pasó, no recuerdo, me dicen que estoy en un hospital y no recuerdo lo que me pasó. Solo recuerdo estar en mi hogar, viendo las noticias, haciendo las rutinas diarias. Me tomo un té en la mañana, le llevo un té a mi señora, paso al baño a hacer mis necesidades, me voy al living y pongo las noticias.

Pero ahora no recuerdo nada, solo sé que hay gente inyectándome cosas y que estoy con una mascarilla en la cara para poder respirar, también tengo una sonda desde la nariz hasta el estómago para ingerir la comida y me molesta la garganta, pero no recuerdo porque estoy acá. Cuando tengo momentos más lúcidos y conscientes, porque me bajan la dosis de sedantes, me despierto y me hacen caminar, también hago ejercicios neuronales con terapeuta ocupacional que me salen perfectos y que encuentro inútiles, porque me quiero ir. Otra vez me duermo y al despertar tengo rabia, quiero pararme pero no puedo, me dicen que estoy en un hospital y no recuerdo por qué. Sí sé que llevo tres años enfermo del pulmón y que tengo una enfermedad crónica. Uso oxígeno permanente, pero no sé por qué estoy acá.

De pronto me quiero sacar las sondas de la nariz y no puedo, porque tengo amarradas las manos y los pies y no recuerdo el por qué. Pregunto cómo lo puedo hacer para hablar con mi hija cuando la requiera y me dicen que no se puede, me baja la rabia otra vez, después se me olvida porque me duermo. Y otro día pasa, me despierto y no recuerdo nada otra vez. Sólo un único recuerdo del día anterior que me queda dando vueltas es el de mi hija diciéndome: “tranquilo papá que este momento de rabia no lo vas a recordar, pero lo que sí tienes que recordar es que siempre te voy amar”. Me da la mano y se la aprieto, es la única forma de comunicarme, porque no puedo hablar, estoy sedado y medio dormido, pero me siento querido.



# Calle Las Azucenas 56, Coquimbo

Ashle Ozuljevic



## Sobre la autora:

Filóloga, escritora, profesora de yoga, naturalista aficionada. Madre, hija y hermana. Autora de *Vidas robadas* (2012, Chile); *Anteojos de sal* (2014, Chile); *El silencio final: representación y gesto ante la muerte en Diario de muerte* (2015, Argentina), *Cartografía* (Chile, 2022-2026), *Tres* (2016, Chile), *Tres cuartos* (2021, España), *Botánica* (2020, España – 2023, Chile) y *Estequios* (2024, Chile).

Mi madre descansa a unos metros, mientras yo permanezco con las piernas estiradas por encima de mi cabeza, en *halasana*.

Los empeines apoyados en el suelo y la luz cruzando el vidrio de la ventana enrejada.

Cierro los ojos y veo de inmediato nuestra casa de Ballester.

La antigua casa de Ballester.

La ahora inexistente calle de la imaginaria Ballester.

Camino por la acera de enfrente a las nueve de la mañana de un miércoles cualquiera.

El sol martilla mi rostro: cada peca es un clavito diminuto que no duele, tal vez.

Voy de camino a comprar medialunas a lo de Luis.

Luego vuelvo al escritorio que durante meses fue mío.

Yo, de cara a los gatos y a las tortugas.

Mi tristeza colorida y yo.

Mi soledad colorida y yo chupando el acrílico de algún pincel antiguo, leyendo un cartel hermoso que escribió M y que olvido acatar: “mamá, por favor, no comas pintura”.

Afuera, un árbol. Más allá una casa destruida. Un poco más lejos la cordillera.

Tras ella, lo que sospecho como felicidad.

Allí, instalado todo lo que anhelo: una habitación luminosa que permita al sol atravesar sus vidrios, mi madre y yo con los ojos cerrados, las piernas por encima de la cabeza, los empeines apoyados en el suelo: *halasana*.

Cualquier recuerdo que logre salvarse.

La lluvia sólo podrá pudrir las hojas que no recogimos en otoño.

# Ensalada a la chilena

Betsabé Herrera



Betsabé Herrera

## Sobre la autora:

*Ingeniera de ejecución en cartografía y trabaja en nombres geográficos por su valor patrimonial. Comenzó a escribir a los 38 años. Ha participado en los concursos de microcuentos de la Universidad Bernardo O'Higgins, donde fue publicada y obtuvo el segundo lugar en Microcuentos de Primavera. Trabaja actualmente en su primera novela.*

—Lávate bien las manos ino estarás en mi cocina si no mantienes la higiene!

—Sí, abuela.

Recuerdo mis primeros días “Donde la Meche”, en la población, en ella se vendía comida casera: pantrucas, carbonada, cazuela, porotos con riendas, en fin: platos típicos chilenos. Fue el punto de encuentro de personas muy diferentes entre sí: gente que trabajaba en las escuelas cercanas, colectiveros, vendedores, vecinos solitarios y padres separados que llevaban a sus hijos fin de semana por medio.

Cuando cumplí diez años, mi papá insistió en que ayudara a mi abuela porque me serviría para forjar mi carácter. Cada tarde después de la escuela, ella me enseñaba a cortar las verduras, a mantener limpio todo con persistencia y a usar la piedra diamante mojada, que con su sonido rasposo afilaba los cuchillos desgastados.

—Si los cuchillos están con un buen filo harás menos fuerza para cortar ¡atenta niña! ¡Concéntrate! no quiero pedazos tuyos en la comida.

—Si va un trozo mío quedará más rico.

No me decía nada, su labio se endulzaba en una media curva cada vez que le contestaba así.

Los que conocieron a la Meche de más joven, cuentan que enviudó esperando un hijo: mi papá. Su situación económica se fue en picada porque dependía de mi abuelo. Esa debilidad la hizo más fuerte, recorría la población con una canasta de mimbre y un libro para “cultivarse” en los ratos libres. Salía a las seis con neblina en invierno, con el pan amasado llenito de pernil con palta, huevos revueltos y tomate

con queso de cabra. Se los vendía a sus clientes al desayuno o para tomar once después en la tarde. Con los años instaló la cocinería en la parte de enfrente de la casa que heredó de mi abuelo.

—Que nunca se te olvide, así como le decía a tu papá: eres una maravilla del creador, con inteligencia y capacidades, pero si no las usas ise te atrofiará el cerebro niña! — terminaba sus palabras con una palmada en mi cabeza cuando no estudiaba.

Un día, como de costumbre, tiré mi mochila en la entrada de la cocina, inhalé profundo, los extremos de mis labios buscaron las mejillas debido al aroma de albahaca recién cortada para los porotos granados. Me sorprendió escuchar la voz de mi papá, hablaba rápido, diciéndole a mi abuela que había visto una casa en venta y sería bueno irnos por el aumento de la delincuencia en el barrio. No le hallé asunto. Papá continuó:

—Mamá, puedes dejar de trabajar. La casa es cómoda, tiene todo lo necesario cerquita: clínica, supermercado, escuela y puedo irme a pie al trabajo.

—Yo no vivo así mijito, mi pega es dar cariño con mi comida. No me voy ni amarrá' —. Mi abuela lo miró con un gesto ácido y mi papá se quedó callado como un niño al que acaban de castigar.

Recuerdo, cuando era adolescente, que la Meche me mandó castigada a limpiar el patio por escaparme de clases. Moví unas cajas y vi varios frascos de vidrio, los lavé y me fui a la feria para llenarlos con flores y con ellas adornar las mesas.

Al pasar por el puesto de las papas vi por primera vez los brazos bien definidos de Rodrigo, levantando unos sacos. Desde ese día me ofrecí para entregar los almuerzos a los caseros y al llegar a mi puesto preferido, olía la tierra húmeda. Simulaba que ataba los cordones de mis zapatillas o que buscaba las monedas para dar el vuelto y demorarme más.

Los miércoles siempre pedían el plato estrella del local: cazuela de osobuco con ensalada a la chilena. Recuerdo el olor a cilantro impregnado en mis dedos cubriendo el caldo que al hervir desprendía la carne del hueso.

Terminé la escuela para felicidad de la Meche y para regocijo de mi papá. Entré a la universidad, soporté hasta el segundo año y no fui más. Me dediqué a la cocinería, la cambié un poco y ya no parecía una pieza desgastada. Pero de la Meche no puedo decir lo mismo, sus piernas ya no respondían como antes, pero su lengua sí.

—¡No dejes eso así! Apila bien los platos ino dejes la embarrada en la cocina!

Recuerdo un sábado, mi abuela no se pudo levantar. Papá la llevó al hospital, no tuve cabeza para encargarme de nada ese día. Después de una semana la enviaron a casa, volvió con una bolsa de remedios y con las mejillas más frescas.

Ya no hacíamos entregas a los caseros de la feria, mi vientre se abultó con mi primera bendición. Cuando mi abuela se dio cuenta, frunció sus labios, se apoyó en su bastón con ambas manos y me habló con un dejo agridulce:

—Yo necesité mucho de tu abuelo, pero igual crié a tu papá y después a ti cuando tu mamá se murió. Si yo pude, tú igual ‘mija. Cuídate y descansa niña. Dile a ese niño, Rodrigo, que venga hablar conmigo. Nos hace falta una huerta en el patio de atrás con algunas papas y para tener verduras frescas.

Rodrigo instaló la huerta y nos casamos en la sede del club deportivo de la esquina. La Meche finalmente nos dejó. No pude soportar su pérdida, todo lo que me rodeaba me recordaba a ella. Mi esposo pidió un préstamo para que abriera un restaurante en otra parte:

—Renuévate, cerremos el negocio de la casa para que cambies de aire, yo te voy a seguir teniendo verduras en la huerta para que hagas cosas ricas.

Conservamos la casa, vendimos lo que se pudo y abrimos un restaurante de comida internacional en el centro. Hice que funcionara todo distinto: los cuchillos los enviábamos a afilar a un local especializado, toda la loza era blanca, ya no había caldos que impregnaban todo con su aroma, las campanas de la cocina se llevaron sus vapores y también mi vida. Llegaba muy tarde a dormir y salía al alba para supervisar las compras en la vega.

—¿Le compraste leche al niño?

—Sí, la dejé en el mueble de la cocina.

En eso se iban mis días. Trabajaba tanto que a veces llegaba y mi marido, con nuestro hijo, estaban durmiendo abrazados en el sillón con la tele prendida.

—Aló. Amor ¿Ya te viniste? es muy tarde.

—Sí, ya me voy, estoy cerrando —nunca le quise decir que no alcanzaba para cubrir las deudas del restaurante. Rodrigo lo daba todo y yo lo perdía, había días enteros sin clientes.

Mi esposo se enteró a la mala. Llegaron unas personas que se llevaron todo para cubrir las deudas. Al Rodri le dio un ataque al corazón. Tuve que despedir gente, luego vender el restaurante. Cuando volvió del hospital me reclamó:

—¿Y qué vamos hacer? ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—No quería preocuparte —fue lo único que logré decir, mi corazón estaba hambriento de aquella época en que todo tenía color y sabor. Ahora parecía una olla vacía con los bordes manchados del caldo que una vez tuvo.

Mis lágrimas mojaron mis labios y su sal me despertó al pasado... recordé a mi esposo cuando era mi pololo, plantando las primeras matas en la huerta que aún seguía ahí. Levanté la vista y dije en un susurro:

—Tení's zapallo.

—¿Qué?

—Que si tienes zapallo en tu huerta.

—Sí, pero eso que tie... —se calló cuando me miró a los ojos, su rostro cambió— todavía estás ahí, pensé que te habías ido.

No podía revivir a la Meche. Creí que lo habíamos perdido todo, pero no era así: aún tenía la sazón. Agarré harina, cocí zapallo y con una botella de vidrio, igual que mi amada abuela, estiré la masa. Pinché con el tenedor cada redondela. El aroma me recordó que nada de lo que me enseñó la Meche se había ido. Con mis mangas secaba las lágrimas que me cubrían las mejillas.

Agarré una bandeja, la cubrí con paños de cocina limpios, puse las sopaipillas y un paquete de servilletas. Partí a la feria. Hacía años que no iba. Llegué al puesto de papas, ahí estaba mi suegro, sentado en un piso mientras mi cuñado atendía.

—Mijita, por fin volvió. Usted tiene güena mano igual que la Mechita, que en paz descanse —me dijo sonriendo frente a la medialuna que habían dejado sus dientes en la masa frita.

Recorrí la feria vendiendo mis sopaipillas, recibiendo las gracias y las sonrisas de quienes las comían.

Rodrigo ya no prepara el desayuno, lo hago yo. Él después del trabajo sigue cuidando la huerta. Vendo almuerzos a la gente del sector y los caseros de la feria. Ahora cuido lo mío. Trato de ser como ella me enseñó: un poco ácida, un poco dulce, con el cilantro siempre fresco. Como la Meche. Como una ensalada a la chilena.



# Los días mueren y renacen

Belén Picart



Belén Picart

## Sobre la autora:

*Es uruguaya y ha escrito desde que tiene uso de memoria. Ha participado en varias convocatorias de cuentos y forma parte de una antología con otros autores uruguayos publicada bajo el sello editorial de Editora del Norte, Uruguay. Actualmente es estudiante de audiovisual.*

Se apaga la luz en la habitación y muere otro día. Queda el cuarto con un cuerpo, un cuento para dormir trabado en la garganta y lágrimas que brillan, sangran. Ella en su cama con la culpa que la descompone, con las sábanas que la enredan.

Es verano y la humedad se le pega a la piel. Se ha bañado antes de venir a acostarse pero no ha servido para quitarse lo pesado que ha sido enfrentarse al sol, ni para que se deslice por la cañería lo difícil que es seguir respirando luz.

Respirar cuesta, duele.

En las noches es más sencillo desnudarse de ser madre y volverse una sombra. Una cosa gris y fría que oculta fotos, que tapa espejos, que se derrite y desconfigura y se pudre manchando todo.

Sus ojos no se cierran. Se paralizan mirando las sombras de la habitación que parecen niñas jugando con la luna. No ha dormido desde la primavera, tampoco ha podido sacar las manchas de tierra y pasto de las rodillas de su pantalón negro favorito.

Ella refriega y las manchas no salen, el agua se tiñe de negro, de rojo, y ella sigue refregando y la suciedad del pantalón se aferra. Ella frota hasta que sus tendones ceden, pero las manchas y la sangre que tiene bajo las uñas se rehúsan a irse.

El aire no le llega a los pulmones, le revientan las sienes, el agua del lavabo empieza a desbordarse y a mojarle los pies y quiere correr. El ruido la está ahogando, la suciedad en sus manos hace que le suba la bilis por la garganta. Quiere arrancarse las uñas para borrar las manchas. Quiere cortarse las manos y enterrarlas como plegaria, como disculpa, junto al pequeño cajón que está bajo tierra y que sigue rompiéndole el corazón.

Siente que se está volviendo loca.

¿Quién es ella ahora? ¿Una pesadilla que respira? ¿Un castigo tambaleante? Sus ojos están áridos, su sombra desnuda, sus piernas apenas la sostienen pero siguen dirigiéndose a la escuela en el horario de salida.

En la noche es más sencillo admitir que ella debería haber muerto también, así podría seguir contándole historias para que no se sienta sola ahí abajo, donde no hay luces que espanten los monstruos, donde no puede tapparla para que no sienta frío.

El futuro es muy oscuro y ella está aterrada.

El dolor la está comiendo viva y estas sombras que juegan la llaman y sus voces son muy dulces. Tienen olor a perfume infantil, se ríen como el sol y danzan imitaciones del ballet; le silban bajito al oído con el entusiasmo de quien aprendió a hacerlo en primavera y solo se comunicaba así. La invitan a vestirlas, a hacerles trenzas, a llevarlas a la plaza, a que las obligue a hacer la tarea, a castigarlas, a leerles cuentos eternos, en donde ya nada sería rojo, ni estaría manchado de pasto y tierra.

Le tiembla el corazón. Las lágrimas caen y mojan las sábanas y ella va a deshidratarse. Cuánto desea decir que sí, que quiere quedarse en donde las cosas ya no crecen ni sufren, que quiere que se la lleven adonde el frío ya no las toque, ni las separe. Pero es cobarde, y la respuesta, como siempre, es no.

Parpadea y es de día. La ropa sigue desordenada por toda la habitación, el espejo está tapado, las fotos siguen ocultas y su corazón sigue latiendo al ritmo del silbido que suena desde el piso inferior.

Hay olor a café y a tostadas. Toda su piel se eriza por la brisa que entra por la ventana, por el sol que le golpea la cara. Escucha pasos por las escaleras que se acercan, y volver a ponerse la piel de madre es una tortura mecánica, secarse las lágrimas es como arrancarse los ojos.



Golpean la puerta suavemente para avisarle que el desayuno está listo, que no tiene que levantarse aún porque es temprano, que él hará la tarea por mientras, pero que hoy tiene el paseo con la escuela y que recuerde que tiene que firmar el permiso, y que le untó manteca a las tostadas, pero que no quedaron muy bien y se le cayó el jarrito del azúcar dentro de la taza así que debe estar muy dulce, que lo siente, pero que espera que le guste, y no abre la puerta sino que se va corriendo por el pasillo a su cuarto en donde pone música para los vivos y en donde probablemente no haga la tarea porque jugará con su xbox.

Y ella llora porque es una pésima madre. Una que le quitaron la mitad de su vida, pero la otra mitad sigue aquí, bajo su mismo techo, regalándole silbidos con olor a café.

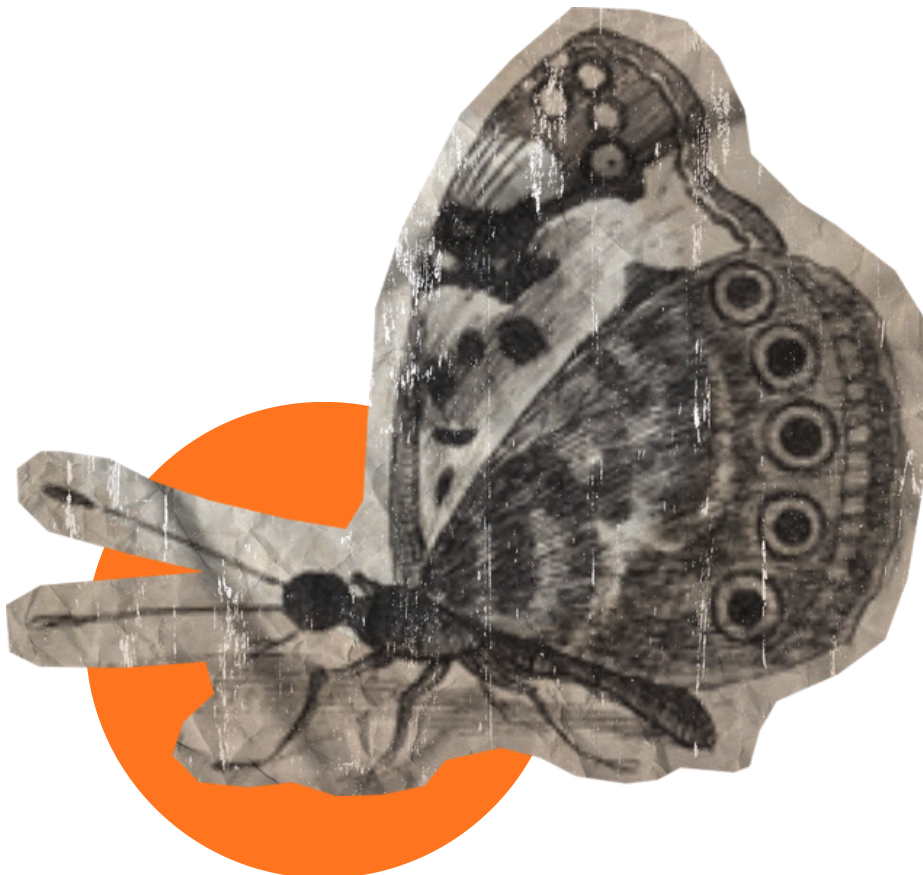
En el día es más difícil firmar permisos, comer, respirar, llevar e ir a buscar de la escuela, dejar que él elija flores para su hermana, hacer el recorrido al cementerio, luchar contra el deseo de arrodillarse y enterrarse viva.

Él acomoda las flores, toca la tierra y le habla de cómo estuvo su día, de que todos están siendo muy amables con él, de que mamá está bien porque él la cuida, incluso hoy le hizo el desayuno! Así que ella puede descansar en paz, que disfrute de las flores porque las eligió él. Y que la extraña, que la extraña mucho.

Ojalá esas flores floten hasta ella. Ojalá las sombras cuando salgan a jugar con la luna se las lleven.

Los días se van muriendo, uno tras otro. Las estaciones pasan y se fracturan.

Pero el sol sale, con una sonrisa a la que le falta un diente, y la vida florece de nuevo.



# Bajo la piel

Joaquín Toro



Joaquín Toro

## Sobre el autor:

*(Machalí, Chile, 1994) es escritor y profesor de inglés. Su escritura aborda la memoria, lo íntimo y lo inquietante desde una sensibilidad atenta al simbolismo y la atmósfera. Ha publicado en antologías chilenas y colaborado con la revista española WriterAvenue (2025).*

Recuerdo a mi madre escribiendo sus cartas en la habitación. Su torso oblicuo sobre los cojines. Las rodillas recogidas sostenían un fajo de hojas. Su mano, única parte que lucía viva, conjuraba con el bolígrafo entrañables devaneos; vena abierta sobre los renglones, derramándose en silencio, pero nunca a salvo de mí.

Ahora soy yo, reclinado sobre mi vientre, piernas ahorcajadas y con el mentón apoyado en los brazos, quien hace las veces de pergamino. La aguja púrpura en la mano enguantada de Tristán, el tatuador, cabecea sobre mi espalda mientras miro por la ventana. Me ha preguntado qué quería esta vez, y le he dado mi venia para hacer lo que le plazca, pues todo le sale bien.

Mientras la aguja zumba, cierro los ojos y el recuerdo vuelve: *el sol de la tarde postrado a su izquierda inundaba el edredón. Las paredes color damasco mutaban a un tono rojizo y casi final. Ni siquiera las sombras de los autos que cruzaban por fuera de la casa la arrancaban de su isla...*

Una carta a Marina, mi tía, único modo de saber de ella o de cualquiera que viviese en otra ciudad. Así recuerdo el afecto: lento cavilar emergiendo desde lo remoto para enhebrarse en el recuerdo y dar sus puntadas en el íntimo ejercicio de una redacción sin final. Distinto al amor tras la pantalla. No tanto por sus quebrantos, que son inevitables, sino por su expresión, su talla, su alcance. En las cartas no existe la tecla de borrar. No puedo plantarme en la oficina postal y gritarles «idetengan ese envío!». La epístola demanda un arrojo silente que no admite tibiezas.

La pluma avanzaba y se detenía. A veces mi madre quedaba inmóvil, como si hubiera olvidado qué palabra debía salir del fondo del pecho. Me sentía parte del mensaje, aunque no fuera yo quien escribía ni quien debía recibirlo. Era como ser un cabello entre las zarpas de una bruja, anudado al péndulo que se mece sobre un mapa. Así me sentí cuando vislumbré ese tono contenido en la faz de mi madre, mientras llenaba las hojas en su regazo.

No recuerdo cuándo fue el fin de tantas cartas. No recuerdo el fin del anhelo. Solo sé que ya no se anhela nada ni a nadie. Todos están en todas partes, todo el tiempo.

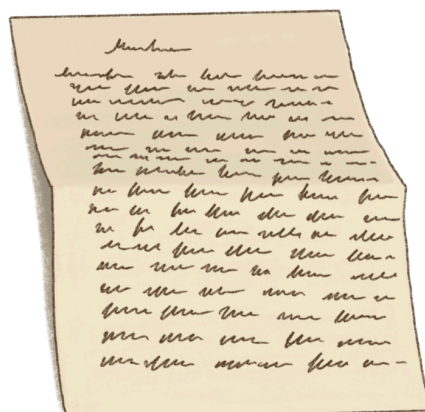
Afuera, un zorzal hambriento se ha posado en la rama de la jojoba. Cierro los ojos, y aquí vamos de nuevo: *ciruelos y gatos enroscados... la sombra estival*. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estaba? Ah, las cartas de mi madre, como si Neptuno dictara mares invisibles en su muñeca.

*Yo, trepando por la ladera del camastro, gateo como cachorro curioso; ella, un tótem. Revuelvo los cuadernos, las revistas y los naipes huérfanos. Todo está regado. Quiero saber sobre el as de copas, los tránsitos de ese mes y por qué los hombres son de Marte y las mujeres de Venus. Creo que ella también quiere saberlo, pero sus ojos están absortos.*

Tristán detiene la aguja y me limpia el omóplato. Mi mirada aún está perdida. Mis ojos son jaulas y el zorzal ya ha escapado. La aguja vuelve a su sitio, a escarbar bajo la piel, con su zumbido de coleóptero que va de espaldas, icomo yo! Eso me arranca una sonrisa. El ave se devora los frutos.

*Un morral bajo la cama, hebillas y tirantes, cordones y bolsillos. Madre mía, cuántas cartas. Y sin enviar. Elijo una y la abro como si fuera un caramelo. Pero es un caos por dentro. Trazos erráticos, rayos y espadas cortando los renglones. Una voz indecisa; una confesión para Marina, un extraño remedio para un secreto sin nombre. Abajo, temblando: «...pero me da miedo hacerlo».*

Mi sonrisa se desvaneció. La aguja se había detenido. Cuando me giré, Tristán sostenía un espejo: el zorzal, tan callado como siempre, ya era parte de mi piel.



# Mehr Licht

Rafael Velásquez Valeriano



Rafael Velásquez Valeriano

## Sobre el autor:

*Docente, experto en humo, entusiasta del cineclubismo (director, programador, asistente, secretario y conserje del Cine-club Horizonte) también es escritor de poesía y cuentos. Aún no ha publicado ningún libro, aunque sí algunas cosillas dispersas con poco mérito de recordación.*

*“Qué puedo argumentar ante la memoria de una sombra.”*

J. N.

Poco tiempo ha pasado desde el fallecimiento de don Jaime. Cuando me enteré quise llorar, pero no lo hice y sólo atiné a levantar la mirada hacia el cielo. Curiosamente se encontraba blanquísimo. En esa revelación me consolé a mí mismo e invoqué su nombre: don Jaime. Tampoco fui a su entierro, ni a su velorio, ni se lo mencioné a nadie siquiera. ¿Hay dolor en ello?, claro que sí, profundísimo, es por ello mismo que este melodrama poco tiene de patético, pues se trata tan sólo de atender a un pacto de buenos amigos.

Aquella tarde que supe de su fallecimiento venía caminando por una de las avenidas que conducen a mi casa, llegué y recordé a Francois Villon, e imaginé a las marchitas y tetudas mujeres de las que habla en su poesía y en los cálculos del peso de su propio culo al tener la sogá en el cuello antes de ser colgado. Imaginé también a los miembros de esa religión que configuran el infierno en la tierra. Para todos tenía su testamento. Y dibujé en mi memoria un libro de color guindo ruinoso con caracteres dorados y sencillos de una colección popular de La Oveja Negra. Cinco pesitos me costaron comprar la Poesía de Villon al tiempo de hallar la amistad de don Jaime Nisttahuz. En su quiosco de venta de libros, “éste soy yo”, me dijo después de unos quince minutos de charla alcanzándome un libro de poemas suyos. Yo no tenía idea de quién era ese señor, ni de lo qué había escrito, pero me gusta pensar que esos quince minutos de charla fueron una especie de escrutinio de los afanes y preocupaciones que nos acercaron solidariamente en la poesía y en la vida.

Le pedí que me vendiera ese libro suyo que me mostró, Palabras con agujeros (1983), y que me escriba alguna dedicatoria por favor. Accedió a mi petición. Cogió el pequeño libro, lo hojeó hasta encontrar la página idónea y apuntó en él algo con su bolígrafo azul, que prontamente guardo en el bolsillo de su camisa guinda a cuadros. Instintivamente y un poco precipitado guardé los dos libros juntos en mi mochila sin atreverme a leerlos, ni hojearlos más en aquel instante. No leí su dedicatoria, tampoco los poemas de su libro y seguimos charlando, no sé de qué. Años después, me enteré, por boca misma de don Jaime, que ese gesto mío lo había impresionado gratamente. En el momento de entrar en casa recordé que como había guardado ambos libros sin revisarlos más, en los días siguientes descubrí que aquel librito de Villon tenía algunas páginas en blanco por una mala manufactura de la editorial y que don Jaime me había prometido cambiármelo cuando yo quisiera y no lo hice. Entonces pensé: “Me debes, don Jaime, así que usted y yo aún no hemos acabado nuestros asuntos” y en vez de lagrimear por aquel dolor de su partida, me carcajé mientras acariciaba la cabeza de mi perro Dalton.

Pocas son las veces que nos reunimos. Quizá, en un acceso de entusiasmo nos habremos encontrado tres o cuatro veces en un mismo año. Luego hubo temporadas completas sin contacto. No sé explicar por qué. Ya no hace falta. Los años más luminosos, por decirlo de alguna manera, fueron los del primer lustro de conocernos. Coincidentemente dicen que fueron los del apogeo del país. Pero para nosotros, inconformistas por naturaleza (a don Jaime le gustaba denominarse así), se trataba de algo más cáustico, de algo para lo que no había más cabida que la burla y el humor para no dejarse arrastrar por las candilejas de una mascarada. Creo que reconozco algo de ese sentimiento en estas palabras suyas: “Canciones las calles eran canciones / las plazas se desplegaban como banderas cuando reíamos. / Me entregabas tu palabra como un puente. / Y ahora esa mierda en tus zapatos. / Ha comenzado la época de manzanas”. Desde luego que nuestro interés no se enfocaba en la política, ni la economía, sino en la literatura, en la literatura alejada del mundillo de arrimados e “iluminatis” (como decía otro amigo en común, ya fallecido años ha). En ese acercamiento es que aprendí que la literatura no es nada si no tiene vida impregnada. Reviso sus libros, los tengo casi todos, y ninguno de sus editores menciona nada impreso sobre autoficción en su literatura. Las palabras más próximas a este respecto las encuentro con don Adolfo Cárdenas en una contratapa a uno de sus libros de narrativa. Dice que el narrador hace “un ejercicio que divierte pero que también, a partir de una fina ironía, hurga en la llaga de todo aquel que cotidianamente es observador o protagonista de esos mundos tan peligrosamente cercanos a la naturaleza de todo ser humano”. Qué vivo y qué presente me sigue resultando don Jaime y me hace preguntar si aquellas anécdotas (que me contó o me confesó) de su vida íntima fueron una fabulación por simple coherencia para sus libros o es que de esas ficciones tenía que hacer creíble su vida misma. Hasta ahora no le he preguntado nada a ningún amigo en común que pueda darme alguna pista al respecto. No creo que lo haga, pero por si acaso habría que dudar de estas páginas también.

El año pasado (2023), la penúltima vez que nos encontramos, decidimos caminar y charlar. Me sentía particularmente melancólico y la salud de don Jaime ya estaba fuertemente desgastada. Pero a ninguno de los dos nos dio por hacer un pañuelo lacrimoso de nuestra situación. Él mencionó algo de sus quimioterapias y burlándonos de todo recordamos anécdotas de cómo uno mismo evita tomar de su propio veneno, paradójicamente éste nos alcanza aún en gestos mínimos. De ello encontramos, además de los propios, un ejemplo popular: el de los tres amigos que se fueron de parranda tres días seguidos luego de un velorio, el del cuarto amigo ya fallecido. Al final de la farra cuando se presentan ante la viuda, ésta solo tiene una bofetada para ellos. En un sentimiento, que no es equivocado llamar solidaridad, recordamos a un amigo que murió hace varios años. Un amigo que por su alcoholismo era un paria (lástima que yo no haya podido conocerlo más). Pero don Jaime me contó que cuando murió, muchos de los “mierditas” que lo habían despreciado se presentaron para su entierro. Desde luego no iban a faltar los figuretis hipócritas del mundillo literario. También me contó que él no había asistido a las pompas fúnebres por no arriesgarse a un escándalo o peor aún a una bofetada silenciosa como la de la anécdota de la viuda y los tres amigos del difunto. Entonces, en plena caminata se detuvo, me miró y dijo: “cuidado nos pase lo mismo, Rafito”. Hay tantas implicaciones para aquella escena de sentencia.

Hoy, no puedo evitar pensar que las pocas cosas que pasamos fueron muy intensas, aunque la mitad o más se traten de charlas corrientes. La mayor irresponsabilidad que cometimos fue nuestra última farra en plena cuarentena del covid-19 y en ciernes de su enfermedad, pero esa es otra historia no exenta de culpas y humor corrosivo. Hoy, lo que me acongoja en verdad, en verdad, creo que no es su muerte. Ya la presentíamos y usted, don Jaime, con el aplomo de ese humor tan particular que lo distinguía, se hacía muchas preguntas al respecto. Entre otras cosas de la misma estirpe me confesó que en el momento de morir quisiera ver el rostro de Dios. No sé si su deseo se cumplió, Don Jaime. Ojalá que sí.



# La botella

Tomás Veizaga



Tomás Veizaga

## Sobre el autor:

*(Antofagasta, 1990) es un escritor chileno y autor de “Faunario” (Oso de Agua, 2025) y “Urbanario” (Oso de Agua, 2026). Los dos son libros de narrativa breve. Tiene estudios en Derecho y Literatura; y ha publicado ensayos, cuentos, poemas, traducciones y crítica literaria en numerosas revistas especializadas a lo largo de Iberoamérica.*

Vive debajo de un puente, y su posesión más valiosa es una botella vacía. Sueña que la botella contiene el último aliento de su bebé, quien murió el pasado invierno, cuando se desbordó el río y se lo llevaron a la Posta Central. Ella se esconde en su saco de dormir y abraza la botella vacía que es, también, lo único que le da fuerzas para levantarse y pedir monedas. Le habla, le canta en la oscuridad.

Un día —como muchos otros— tiene que huir. Atraviesa los arbustos de una plaza. Salta, tropieza, cae al suelo. La botella se rompe. Mientras la agarran a palos, llora.

Bajo el puente que la protege y la consume, ella se limpia sus heridas. Fuera, la tormenta. Está casi desnuda, las piernas blancas con venas azules alumbradas por un fuego de plástico. A un lado de la fogata verde, están los pedazos de botella que le susurran un nombre. Por primera vez en más de treinta años siente el impulso — esta vez irrefrenable, totalmente irrefrenable— de escribir, escribir las letras de ese nombre en los muros de cemento.

Pero no tiene tinta para su eyección, solo una botella rota.



# Esta porción de maravilla

Magalí Manzione



## Sobre la autora:

*Profesora de Lengua y Literatura y Bibliotecaria. Escribo sobre la memoria, los vínculos y los espacios y detalles que constituyen esos vínculos. Publiqué un poemario titulado Todo el silencio del mundo. Los demás textos están en mi blog: [www.mapadelcorazón.blogspot.com](http://www.mapadelcorazón.blogspot.com)*

### 1.

Y a esta hora no sé si te pido que no vuelvas o no lo pido pero lo espero o no lo espero pero lo sé: no vas a volver a tiempo, es tarde ya, comienza a amanecer más temprano y el cielo se divide en colores raros y nuevos cada día, en todos sucede algo que no te cuento, como la bandera flameando enorme mientras me pedían mis datos, vos podrías haber estado ahí, te das cuenta.

y al otro día el almuerzo, hablar entre un tuco que parecía directamente traído desde la infancia, ese sabor a olla de abuela, a jugar debajo de la mesa, a no saber de qué hablan los mayores; al parecer es la nuez moscada, amor, pero tampoco voy a contarte eso, ni cómo defendí algunos de los barrios de Buenos Aires, su manera tan propia de expresarse, la identidad puesta en colores de algunas cuadras, la brújula que me regalaste o sencillamente me nació y uso cada vez que voy, cada vez que llevo a alguien conmigo; se tilda a veces, sabés, se tilda o la apago o no la sigo cuando intenta detenerme en los espacios ásperos punzantes o helados, ya sé, no sirve escapar, la librería con la escalera hacia el subsuelo sigue ahí aunque le pase de largo, la pequeña mesa redonda en la pizzería, las letras rojas, el subterráneo yendo y viniendo y vos lejos, vos no sé dónde estás, vos detrás de una pelota que te hace sonreír. Tengo miedo de que crezcas, tengo miedo de que no lo hagas, tengo miedo de que te pase algo terrible, tengo miedo de no abrazarte nunca más

es cruel, pero algunas noches se implanta el olor de tu almohada en la mía, es cruel e inexplicable pero sucede y no huyo, no busco el lado frío, me quedo ahí porque sé que en realidad no, es un recuerdo difuso, es tu voz hundiéndose en el fondo del Río de La Plata, soy yo quedándome en la orilla mientras vos te vas o viceversa, son

son restos que encontramos dentro de algún bolsillo: un folleto, una forma de enunciar ciertas palabras, tu boca diciéndome un te amo mudo del otro lado del vidrio, yo leyendo tus labios, quedándome con algo más pobre que un susurro

así la última escena: era de noche, era de nuevo mi imaginación salvándome o matándome.

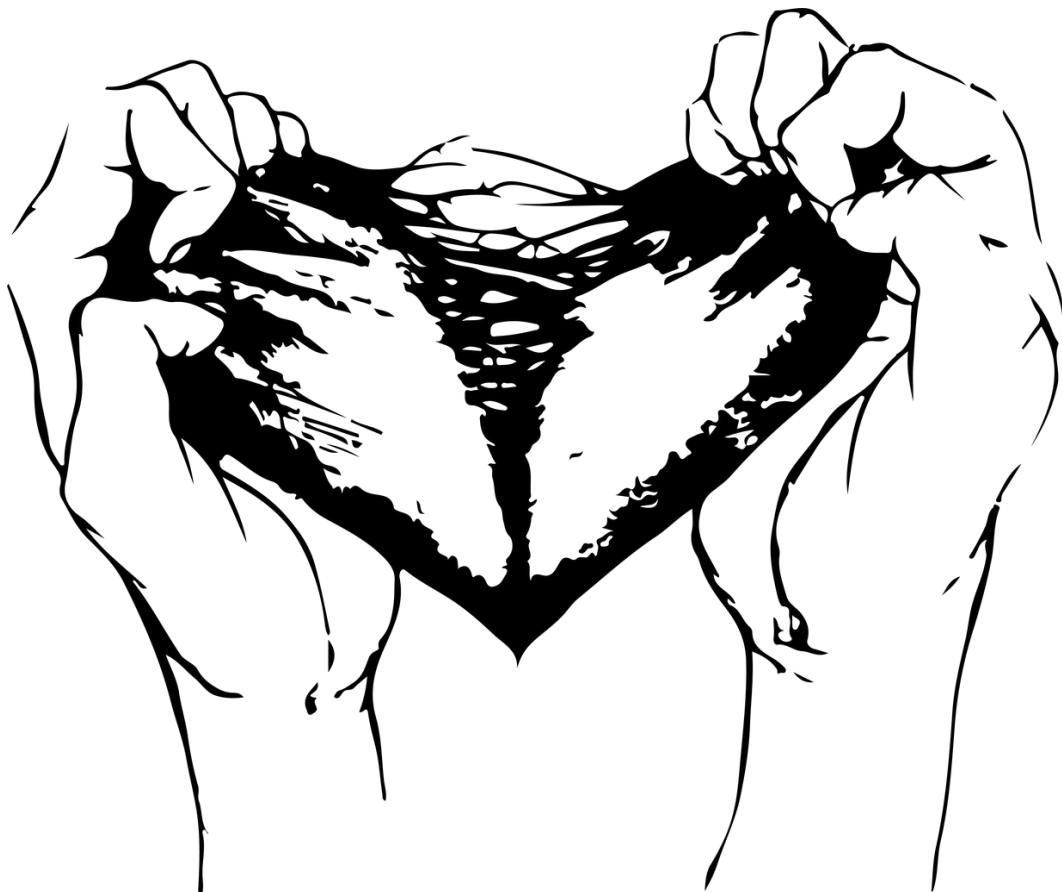
## 2.

La cara de Evita en ese bar, el otro con las sillas y las mesas que hay en las escuelas, ¿vos volverías a la secundaria?, una bruja que no llegué a ver, Si gana Milei perdemos todos, la santa rita que detuvo el sol mientras nos besábamos, los lugares a los que entramos buscando pabilos y parafina —teníamos el fuego para encender cualquier vela— la panadería de la esquina donde desayunamos, los pétalos de rosa la primera tarde, el diciembre en el que fuimos campeones, ese mismo día un poco más tarde salir de la habitación llena de espejos cantando Muchachos, la tormenta, tu silbido en plena calle, la canción de Los Piojos, querer quedarme, como siempre querer quedarme, tener que irme, caminar sin saber por dónde, recorrer Avenida Corrientes con un taxista que me dice No hay que tener miedo, no tener miedo, el puente verde, vos yéndote solo entre un montón de ojos, la calle Borges, una pastilla que me dejó efectos secundarios durante meses, flores, sahumeros, el hombre dormido frente a mí y todo para que ahora vuelva tu mano, sólo tu mano desde lejos, sólo una y cerrada, entonces yo tener que abrirla, entonces yo dedo por dedo hasta ver los cinco extendidos y en el centro una flor violeta; eso me traés, una flor violeta que vi al borde del camino y sostuve con ternura. Es hermosa sí, pero está seca, ¿no te da pena que esta porción de maravilla ya no desprenda luz?



**3.**

ahora tengo que decirte que me voy, avisarte, sugerirte que descuelgues ese ticket, los dibujos a mano que hice mientras te esperaba, te van a lastimar tarde o temprano, entendés, tengo que pedírtelo y tenés que hacerlo por vos; quedate con las palabras, con el último pañuelo de papel y esa declaración que te escribí con labial, quedate con la tranquilidad de saber que fue verdad aunque ya no lo sea. Quedate con la terraza antes del llanto, con mi bailar tan sincero, con la lata de cerveza que sostuviste esa noche, que tomamos a medias, que mezclamos con besos. Ahora me apunta a la garganta un saxo del otro lado del pasillo, me desgarran, y es como si rompiera este papel a medida que escribo la carta, se mancha el dorso de mi mano con la tinta de la lapicera azul. Siempre voy a llevar conmigo la marca de esta historia, tu cara fue mi cara favorita en el mundo, mi punto débil, tu voz, tu voz, tu voz, tu voz diciéndome Todas las noches son noches de amor con vos, mi amor, se nos va, se nos va, la esquina de tu casa, mi barrio favorito de Buenos Aires, el parque, los patos, abrirte la puerta de madrugada, todo oscuro atrás, todo luz adentro, todos los espejos en los que nos vimos, los gustos que nos dimos en vida, despertarte tanta risa, los colectivos, tu piel contra mi piel, encima de mi piel, debajo de mi piel, adentro de mi piel, te regreso tu cicatriz, la huida, el destierro con el que transitás tus días, los silencios inexplicables, todo el perdón, todo el amor, cada uno de los adioses.



# 2 - No Ficción

**Un espacio en blanco**

Por: Anaís Holgado

**¿Has sentido el empacho de muertos?**

Por: Francisco Marcos Herrero



# Un espacio en blanco

Anaís Holgado



## Sobre la autora:

*Doctora en Lingüística Hispánica por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los relatos El tránsito de Aminata (Letralia, 2024) y La entrevista (Almiar, 2025). Reside en Estados Unidos desde 2012, donde compagina la escritura literaria con su labor como profesora en la Universidad de Princeton.*

Mi primera experiencia con el duelo no fue a través de la muerte, sino del divorcio. Ahora entiendo la abismal diferencia entre ambos, pero en aquellos años de juventud la sensación de pérdida fue mayor que el día en que encontré a mi periquito en el suelo de su jaula tras un golpe de calor. En ese momento, mi entonces tío Daniel no era menos familia que Lina, la hermana de mi madre. Siempre había formado parte de mis memorias, al igual que ella. A los seis años mi hermano y yo fuimos a su boda, nos pusimos los abrigos de nuestros padres, sintiéndonos mayores, elegantes, importantes. Mi tía Lina, que había sido nuestra primera canguro, comenzó a traer a su recién inaugurado marido a nuestra casa, y estoy convencida de que mi hermano y yo nos lo pasábamos mejor que mis padres en sus cenas.

Cuando cumplimos siete u ocho años, comenzamos a dormir en su casa casi todos los viernes por la noche. Habían comprado un enorme chalet, con una verja blanca que rodeaba el jardín en el que Lina plantaba tomates en el verano, mientras sus pastores alemanes dormitaban en la sombra de un árbol. Mantenían una habitación casi vacía, las paredes pintadas de turquesa, con cortinas a juego que bailaban, gracias a la brisa exterior, cada vez que la ventana estaba abierta en verano, como un fantasma, el único habitante de aquel espacio. Mi hermano y yo dormíamos al lado, en la habitación de invitados. Corríamos en el jardín, montábamos en bici juntos, grabábamos videos caseros con la cámara de mi tío, ahora perdidos para siempre a causa de la inestabilidad de la vida antes de Internet. Nunca hablaban de niños. No fui capaz de atar los cabos, pensaba que no los querían, que se sentían satisfechos en sus roles de tío y tía.

Daniel consiguió un ascenso y se mudó a una ciudad más grande, un par de horas en coche. Acordaron que volvería cada fin de semana. Ya apenas nos quedábamos a dormir, quizás una vez al mes. Los seguíamos viendo con frecuencia, íbamos al cine juntos. Les leí mis primeros poemas, solo a ellos. Daniel los escuchaba, los elogiaba y procedía a las palabras para hacerlos desternillantes. He olvidado la mayoría de mis poemas de infancia, pero aún recuerdo algunos de los que él recreó. Mi hermano le decía a todo el mundo que quería ser como su tío Daniel: un trabajo importante en una ciudad importante. Nunca notamos la tensión, la distancia creciente. Mi tía y madre nos resguardaron de todo aquello. Durante esa época le pregunté a mi tía mientras cenábamos en un McDonald's que por qué no tenía hijos. "No puedo", respondió, en un susurro, y mi estómago se hundió muy dentro de mi cuerpo. Aquella también fue mi primera experiencia con la infertilidad.

No mucho más tarde, mi madre se sentó con nosotros para decirnos que Tía Lina y Tío Daniel se iban a divorciar. Pregunté inmediatamente si íbamos a seguir viéndolo. Dijo que no, que se iba a quedar en la ciudad grande, mi tía en el chalet. Estaba segura de que Daniel vendría a despedirse, a abrazarnos, a decirnos que nos echaría de menos y que intentaría visitarnos pronto. Nada de eso ocurrió, después de aquella conversación, se convirtió en un espíritu, presente solo en nuestros recuerdos. Mi hermano transformó su tristeza en furia y nunca más mencionó su nombre. Durante un tiempo, busqué su rostro en cada hombre alto y calvo que me crucé por la calle.

Cuando consideró que yo tenía edad suficiente, mi madre me contó la historia. Como Tía Lina era la que no podía concebir. Ella quería adoptar, él no. Las peleas que eso causó. La habitación turquesa que permaneció vacía durante años, recordatorio constante de su dolor. Él había dejado de regresar a casa algunos fines de semana, ella pensó que estaba molesto por las discusiones, por sus desacuerdos. Se sintió culpable, sin serlo. Se le ocurrió sorprenderle con una visita, hablar con él en un lugar diferente, en una casa sin ausencias. Preparó una bolsa de viaje y viajó hasta la ciudad donde él trabajaba. Llegó pronto y decidió esperarle en el apartamento de él, que ambos pagaban. Se dio cuenta inmediatamente. Dos cepillos de dientes en el lavabo. Dos mesillas de noche, un libro en cada una. Dos tipos de ropa en el armario. Fue como si Ricitos de Oro hubiera caminado dentro de una pesadilla. Cuando él regresó aquella noche, no estaba solo. Mi tía le confrontó y, antes de marcharse, él dijo que encontrarían un hotel. Mi tía lloró toda la noche en la cama que su marido había estado compartiendo con otra mujer. Al día siguiente, reunió toda la dignidad que pudo encontrar, esparcida en esa habitación, y regresó a casa. Solo se comunicaron por teléfono después de aquello. Cuando el divorcio estuvo finalizado, no se comunicaron más.

Daniel apareció en mi mente cada vez menos según fue pasando el tiempo, el resentimiento cubriendo al afecto como una enredadera. Tendría cerca de quince años cuando lo vi aquel día, en un centro comercial. Debía estar visitando nuestra ciudad con su nueva esposa. Yo estaba con Lina y con mi madre, estaban hablando del proceso de adopción internacional que mi tía había comenzado. Mi hermano estaba ahí también. “¿Puedo saludarle?” pregunté. Lina asintió. Agarré a mi hermano del brazo y nos detuvimos frente a él. Nos miró, parpadeando varias veces detrás de sus gafas. “¿Te acuerdas de nosotros?” dije, ingenua. “Claro que me acuerdo, ¿cómo me voy a olvidar?” respondió. Nos preguntó cómo estábamos, le dije que bien. Le pregunté lo mismo, la respuesta no cambió. Mi hermano no abrió la boca. Regresamos con nuestra familia, de la que él ya no era parte. No hubo abrazos, ni lágrimas. Pero lo vi. Vi el dolor en sus ojos, la pérdida que él también había sufrido debido a sus acciones, la dificultad de nunca haber dicho adiós, el duelo por los dos niños que había ayudado a criar.



...struck  
...the head  
...caused it  
...at its hold. In  
...while ropes w  
...secured, and the sav  
...beast was secured  
...dragged into the premi  
...where it was firmly  
...ed up by the keeper  
...The poor boy was tal  
...by Stewart, the po  
...ficer, in a state of gr  
...uffering with two sev  
...acerated wounds on  
...arm and right side of  
...face, and it was quit  
...miracle he was not t  
...to pieces. The teeth of  
...animal passed comple  
...through the right arm.  
...A cab was procu  
...in which the wounded  
...was conveyed to the I  
...don Hospital, where  
...Forbes, the house surge  
...ndered every assista  
...e boy was in a very  
...ate from loss of bl  
...om the wounds, and  
...evening, at seven o'cl  
...he was in a very pre  
...ious condition, both f  
...the injuries and shock  
...the system through fig  
...At the time of the  
...cape of the animal  
...tradespeople in the ne  
...bourhood closed th  
...shops, and remained i  
...state of fear and anx  
...for nearly half an hour  
...terwards.  
...It seems that Mr J  
...rach is an extensive  
...porter and exporter of  
...kinds of wild beasts  
...foreign birds, which he  
...wards to all parts of  
...world for menageries  
...private collections.

# ¿Has sentido el empacho de muertos?

Francisco Marcos Herrero



Francisco Marcos Herrero

## Sobre el autor:

*Originario de Palacios del Arzobispo, España. Tiene varias novelas publicadas entre ellas El viejo y la tierra, que se acaba de publicar en Amazon; la versión en inglés, The old man and the land, fue bestseller durante su primera semana de lanzamiento. Sitio web: Francisco Marcos Herrero – Medium*

Ayer regresó de Irán el periodista Andrés Vicio de Huerga. Su esposa me llamó. Dijo: "Ha llegado enfermo, sufrió un empacho de muertos y, a pesar de su experiencia en recibir profesionalmente casi a diario este alimento, no pudo más: comenzó a vomitar, a cagarse en determinados tipos de los Estados Unidos. Fue tan grande su diarrea que se le escurrió patas abajo, perdona que te hable de modo tan grosero, Francisco, y le tuvieron que ofrecer vestimenta iraní".

Mi amigo Andrés Vicio de Huerga había firmado meses antes un artículo distribuido por la Agencia PATQ. Apareció al menos en seis idiomas y en más de cien periódicos de gran difusión.

"No hay muertes selectivas, hay exterminio. A los responsables de Israel les da igual un terrorista, un hombre de fe, un vendedor de carne de asno, una jovencita de ojos inmaculados, un niño sin piernas que se desliza, como una bola por la cuesta abajo que producen los derrumbes. Les da igual. Matan con esa alma que mató Hitler. Ya no recuerdan nada. Matan por instinto. Netanyahu, ataviado con la kipá, ofrece a la deidad su ofrenda de palestinos muertos".

Con los generales, Netanyahu come cordero tierno que ha recibido previamente el certificado Kosher, y vino fuerte de la Ribera del Duero. Los generales, por su parte, no cambian. Regoldarán con mesura, y sonrientes como los necios que juegan a escalabrarse a pedradas, se instalarán en cómodos sillones y, lanzadas sus bombas, mirarán, como el VAR en el fútbol, si el gol es válido; ahora bien, si ha sido fuera de juego, el gol será válido, subirá al marcador con diez muertos, quince muertos, treinta y cinco muertos.

"Antes de irse a Irán", me confirma su mujer, "ya llegó empachado de muertos". Esta frase es suya.

Voy con Andrés y está en un sillón de mimbre viendo a través de la ventana el pequeño jardín que tiene su casa rural y la pradera verde de media hectárea. Nos abrazamos; llora.

Me hace entender que yo no he estado allí, que mal rayo achicharre a quienes estas barbaries permiten. Que vivan y dejen vivir.

Hoy, ahora mismo, de mañanita veo al lucero del alba hablando con una guadaña que siega heno amarillo, profundiza en su intento de llegar más hondo y ve que los sesos que siega también son de heno amarillo, como el pelo de ese tipo del abrigo azul que ofrece ruedas de prensa en la escalera de un avión.

Vean. ¿Lo ven ustedes, señoras y señores? La punta de la guadaña ha pinchado y sale, a presión, como envasado para que no quepa más heno rubio, pelo rubio, heno rubio y nada más, tararí, tarará, y nada más.

Un grupo de tipos recoge el heno rubio que se expande como pelos movidos por el viento, lo recogen las televisiones con su cámaras y los pelos se ven volar por el mundo, saliendo como el heno seco por la boquera de un pajar. ¿Lo ven ustedes, amigos?



# 3 - Ensayo

## **Un salto temporal**

Por: Estefanía Villa

## **¿Qué es leer un libro?**

Por: Penélope Coronado

## **Culturas andinas: entre la tradición oral y escrita**

Por: Victoria Versini

## **Pérdida en la extremidad: polar *ecomedia* y la representación del cambio climático**

Por: Valentina León Alcántara



# Un salto temporal

## Estefanía Villa



Estefanía Villa

### Sobre la autora:

---

*Tiene 24 años y nació en Medellín, Colombia. Escritora y profesional en Estudios Literarios, con énfasis en creación, medios y edición de la UPB. Su trabajo explora diversas temáticas como la identidad, el amor y lo siniestro.*

---

Estoy en mi cama y la única luz en la oscuridad proviene del cuarto de mis padres. Es amarillenta y se filtra por la puerta entreabierta, iluminando sutilmente el corredor que conecta las tres habitaciones. De repente, algo la bloquea: aparece una silueta delgada y pequeña ante la entrada. Esta se va acercando a mí lentamente, con una risita inquieta que se va volviendo cada vez más fuerte. Es mi hermana. A ella siempre le ha sido difícil dormir, especialmente los domingos, pues al otro día debemos madrugar para ir al colegio. Escucho a mis padres llamarla, pero no obedece y sigue avanzando.

—¡Valentina! Deja a tu hermanita tranquila, que ya es muy tarde— le grita mi madre desde la otra habitación, pero ella hace caso omiso de esto.

Lo más seguro es que se monte en mi cama y me empiece a molestar. Pero sé que no haré nada al respecto; estoy tan cansada que prefiero esperar a que mis padres vengan y se la lleven a su cuarto. Seguro que protestará, pero como mañana es lunes, no la dejarán dormir hoy conmigo. A medida que Valentina camina hacia mí, me doy cuenta de algo aterrador: esto ya sucedió un tiempo atrás. Sí, hace diez años, cuando todavía vivía con mis papás y Valentina no se había ido del país. Al recordar esto, es entonces cuando aquella realidad comienza a desaparecer ante mis ojos. Pues, ya no veo a mi hermana ni logro percibir la luz amarillenta que venía de la habitación de mis padres. Abro los ojos agitada; me percato de que estoy sola, a oscuras, en un cuarto que se ve totalmente distinto al de mi infancia. Me siento en la cama, observando e intentando procesar todo. Ya no tengo trece años y no me preocupo por madrugar para ir al colegio, sino por ir al trabajo. Y ni mis padres ni mi hermana están a pocos pasos. Cuando abro la puerta de mi cuarto, ya no está el corredor que conecta las tres piezas; ahora solo hay un único cuarto.

Vuelvo a mi cama, cierro los ojos y tengo la esperanza de que volveré a soñar lo mismo. Pero no soy capaz; aquella realidad pasada se ha enredado con la mía durante unos minutos y luego ha desaparecido para siempre. *¿Adónde se ha ido el tiempo?* Me pregunto mientras me volteo de un lado a otro, intentando volver a dormir. Quizás nunca obtenga la respuesta ni yo ni ningún otro ser humano. Dicen que el tiempo no es lineal, o así me lo ha explicado un amigo mientras le conté que había regresado al pasado en un sueño. He crecido de repente y ni me he dado cuenta. El tiempo se sentía eterno en la infancia, como si esas noches de colegio fueran a durar toda una vida. Ahora, en la adultez, todo sucede de golpe. Ni siquiera has podido procesar lo anterior cuando llegan otras mil cosas por resolver. A veces pienso que me gustaría intercambiar lugares con aquella Estefanía del sueño por unos días, para así volver a experimentar el mundo a través de sus ojos. Muchas veces no somos conscientes de esto, pero a lo largo del tiempo estamos despidiendo constantemente múltiples versiones a medida que crecemos. *¿Cuántas caras de nosotros mismos hemos dejado atrás?* Algunas versiones de nosotros han evolucionado por decisión propia o porque la vida se ha encargado de ponernos en una posición tan incómoda que era la única manera de avanzar. Quizás nunca tienen un funeral o no las lloramos. Simplemente vamos creciendo con el azar y, de repente, ya no somos los de antes, pues lo confirma que, al vernos ante el espejo, nuestro semblante también ha cambiado. O quizá sí las despedimos, porque crecer duele, bastante, en realidad. Perder fragmentos de nosotros y, a la vez, construir nuevos a medida que pasa el tiempo es escarbar una herida constante; verla sanar y luego volver a hurgar en aquel mismo lugar, como si antes no hubiera dolido lo suficiente. Me gusta pensar que la aflicción no ha sido en vano, que el sufrimiento quizás sí ha tenido un propósito; aún no lo sé con certeza, pero creo que ya no tengo tanta prisa por averiguarlo. No digo con esto que me gustaría volver a tener trece años para siempre, pero sí que quizás me gustaría volver a experimentarlo por una última vez. A pesar de esto, ella está en mí y yo estoy en ella; la recuerdo de vez en cuando y sonrío porque me doy cuenta de que perderla también significó encontrarme.



# ¿Qué es leer un libro?

Penélope Coronado



## Sobre la autora:

*(Madrid, 1976). Licenciada en Periodismo, madre trabajadora, baila danza contemporánea en su tiempo libre y escribe desde niña. Su primera novela, Coexistentes, es un relato polifónico de ciencia ficción. Actualmente escribe Madre política, novela costumbrista de terror doméstico. Además de impartir danza en colegios, está enfocada en ver publicadas sus obras.*

Me dolió cuando Paloma, compañera del club de lectura que formamos varias amigas, mujeres y madres, perdió un libro que le presté. Ese libro, *Gozo* de Azahara Alonso, llevaba mis subrayados y anotaciones, y eso lo convertía en irremplazable. Quedarme huérfana de ese libro me empujó a hacerme esta pregunta: ¿qué me molestaba, su ausencia, mi no ser ya mío, o que yo no fuera capaz de recordar todo lo que hubiera querido recordar de *Gozo*? Después de esa pregunta vinieron otras tantas, preguntas cuyo detonante era la pérdida de un libro y a las que intenté dar respuesta escribiendo. Así surgió un texto, un ensayo, un relato, un desahogo, un ejercicio de memoria, una reflexión en torno a los recovecos de la literatura y de la lectura, un híbrido confesional, diarístico, íntimo, en torno a qué significa leer un libro.

¿Qué queda después de leer un libro? ¿Qué queda de un libro que se ha leído y a veces se ha subrayado y hasta anotado, que luego vuelve a la estantería, la de casa, la de la biblioteca, un libro que cambia de manos, de ojos, que en un momento dado donamos si no era lo que esperábamos, si estorba, que a veces rescatamos de esa estantería porque lo prestamos, o nos mudamos, porque queremos recordar algo, hojearlo, y por unos días ese libro habita una mesa, se lleva a un taller o a una clase, descansa tumbado cerca nuestro hasta que finalmente vuelve a la verticalidad de su estantería? ¿Qué sensaciones me han dejado los libros, qué sensaciones tuve al leerlos? ¿Qué recordamos de un libro? ¿Qué es leer un libro? ¿Qué recuerdo de los libros que he leído? ¿Y por qué su recuerdo es tan difuso, por qué nuestra memoria, o al menos la mía, los alberga pero son tan efímeros y acaban siendo como un sabor que se te quedara entre los labios, que una vez degustaste, con el que te relamiste, un manjar del que solo te queda una sensación vaga en el paladar?

Al indagar en estas preguntas a propósito de haber perdido un libro, fue tomando forma ese texto cuyo cometido inicial era servir como algo terapéutico, escribir para sentirte mejor, para curarte, para incluso exorcizarte, y así fueron desplegándose sobre la marcha, hilvanándose, las muchas caras, hábitos, aristas, resonancias, escenarios, objetos y cosas, que trae consigo la lectura. Al tirar de ese hilo, surgieron bibliotecas, estanterías, cuadernos y bolígrafos, un lápiz para subrayar los márgenes de un libro, para mantener diálogos con los libros y sus autores, la necesidad de hacer anotaciones y cómo son esas anotaciones, la cuestión de si prestar libros o no prestarlos, cómo se exprime un libro cuando se lee en un club de lectura porque es la experiencia de una y de muchas, dónde y cómo leemos libros, dónde y cómo los he leído yo.

Al reconstruir los rastros que dejó *Gozo* en mi memoria, lo que recuerdo o no recuerdo de ese libro, me doy cuenta de que, al empezar a leerlo, hice una fotografía a una de sus páginas. Me doy cuenta de que he fotografiado más libros, libros de la biblioteca, por eso los fotografié, para encapsular en fotografías las ideas que contenían, como ese libro de historia, de la historia de los libros, lo escribe Violet Moller y se titula *La ruta del conocimiento*, también hice fotos a otro libro importante pero conciso, *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo* de Chimamanda Ngozi Adichie. Me doy cuenta de que los libros también están en muchos de mis cuadernos, como ese cuaderno donde empecé a hacer las anotaciones de ese texto que acabó llamándose *Qué es leer un libro* y en cuya cubierta puede leerse esta frase atribuida a Voltaire: *L'écriture est la peinture de la voix*, como ese otro cuaderno donde anoté la lista de libros que dejé a medias. Empiezo entonces a tejer, qué oportuno porque me llamo Penélope, las huellas que van dejando los libros que leemos, lo que nos hacen sentir y revivir, y entonces en el texto yo rememoro destellos de mi paso por el instituto, mi juventud, en los 90, me recuerdo sola caminando por las calles, por un Madrid nocturno, me pregunto si me crucé o no me crucé con algún arcano porque me invoca el libro de Rosario Villajos, *La educación física*, donde están presentes todas y cada una de las formas de machismo, de violencia, a las que podía enfrentarse una chica en los 90.

Y así, por esa cualidad que tienen los libros de provocarnos, de revolvernos, en el texto se materializan los libros de otras autoras. Olga Tokarczuk, Cristina Morales, Yasmina Reza, Annie Ernaux, Lucía Berlín, Irene Solá, Andrea Abreu, Goliarda Sapienza, Miriam Toews, Úrsula K. Le Guin. Me respondo a mí misma qué ha significado leerlas, a ellas porque son ellas quienes últimamente llenan mis estanterías, mis lecturas, aunque en otras épocas fueron ellos quienes estuvieran mayoritariamente en todas las estanterías, en las mías estaban Percec, Cortázar, Borís Pasternak, Borges, Roberto Bolaño, Junot Díaz, Alfredo Bryce Echenique, John Irving, Goncharov o Vila-Matas. Y surge al final otra pregunta, ¿qué recuerdo más, los libros de ficción o los de no ficción, qué tiene la ficción que se me queda más dentro, que me acompaña y me apela aunque sea ficticia?

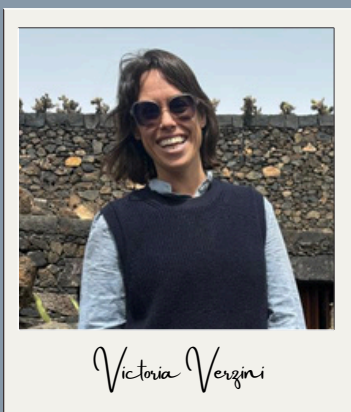
Al preguntarme por los límites entre una y otra, ficción y no ficción, al hurgar en esta respuesta, me doy cuenta que basta con lo que decía Úrsula, cuando dice que lo que debería haber es un contrato implícito entre el escritor y su conciencia que “dice más o menos así: en este texto procuraré contar una historia con arreglo a la verdad, usando los medios que considero más apropiados para la forma elegida, sea ficción o no ficción”.

Supongo que eso es lo que he procurado en este texto titulado *Qué es leer un libro*, y es curioso, porque al hablar con Paloma, después de sentirme contrariada al decirme ella que había perdido mi libro, le dije que no se preocupara, que perder *Gozo* iba a servirme para escribir un relato, un relato que supuse que sería ficticio, y en cambio, me salió esto: mi primer texto de no ficción.



## Culturas andinas: entre la tradición oral y escrita

Victoria Verzini



### Sobre la autora:

*Nació en Buenos Aires, Argentina en 1984. Es madre, escritora y trabaja de manera independiente. Es Magister en Estudios Literarios Latinoamericanos UNTREF, Licenciada en Economía UBA y en Narrativa Creativa CDL. Publicó artículos de viajes personales en el diario La Nación y artículos en revistas literarias.*

*En la lucha entre la cultura occidental y la andina, los colonizadores fueron victoriosos: ¿dónde están sepultadas nuestras costumbres americanas? ¿Cómo podemos acceder a ellas en tiempos actuales de crisis? Comprender la brecha entre oralidad y escritura nos ayudará a cuestionar aquello que fue interpretado por un ojo ajeno.*

El lenguaje es intemporal, llegar a conocer su origen es una intención divina. Toda lengua es particular y se generaliza por la difusión y necesidad de su propia cultura (Lida, 1935). Siguiendo esta premisa y asumiendo que no existen momentos anteriores en cuanto al lenguaje sino continuidades apropiadas por el devenir, siendo que cada lengua se crea en su propio contexto manifestando palabras acorde a lo que necesitan expresar; podemos afirmar que el conflicto lingüístico fue confuso para todas las partes y que los colonizadores castellanos no estaban en condiciones de comprender e interpretar lo no-occidental. A esta primer dificultad se le suma la diversidad de tradiciones. Los pueblos indígenas, de tradiciones meramente orales en las que participan la danza, la música, la entonación, el público, el contexto geográfico, el tiempo meteorológico, la pronunciación, etc., se enfrentan a una tradición occidental escrita que utiliza un sistema de signos totalmente desconocido y acotado, además de a una linealidad verbal en tiempos pasado-presente-futuro ajena a la local.

Los vencedores son los mayores historiadores de la conquista y esta representación que habla en nombre de está viciada, no puede nunca ser inocente ni representar fielmente a un otro subalterno. Si el mediador entre una cultura y la otra no cuenta con las herramientas básicas -como la lengua y el conocimiento del espacio geográfico-, no estaría en principio capacitado para interpretar, es meramente un observador sesgado.

Cuando los españoles conquistan América y se encuentran con una cultura que necesitan dominar, crean a través de la lengua efectos de aculturación y unificación. La lengua castellana triunfó en una disputa que daba lugar sólo a un ganador. Los conquistadores ejercían un aparente derecho a ocupar las tierras por una orden escrita del rey de Castilla en esta lengua desconocida. De la misma forma, los locales se convertían al cristianismo ante la presencia de la Biblia. Esta atribución de poderes mágicos a estos nuevos códigos en papel permite hablar de la fetichización de la escritura.

Martin Lienhard propone indagar en lo que él domina literaturas alternativas. La literatura alternativa es la salida a esta situación de desequilibrio jerárquico de valores y poder entre las lenguas y culturas, entre indígenas, mestizos, criollos y europeos. Siendo que en las sociedades andinas de América predomina la tradición oral por sobre la escrita, la propuesta es apropiarse del sistema europeo desde esta lógica oral. Los autores que escriben desde la marginalidad o subalternidad son, por ejemplo: Juan Rulfo, Roa Bastos, José María Arguedas. Autores vinculados a los vencidos.

Jose María Arguedas, el escritor peruano, hace un trabajo lingüístico en el que logra transcribir parte de la tradición oral andina deteniéndose tanto en lo indígena como en lo mestizo afirmando que todos somos parte de la misma historia y mezcla. Narra la historia de los vencidos, el otro punto de vista, en una lengua literaria verosímil y característica del Perú. Sus novelas narran la oralidad de personajes bilingües en quechua-castellano que tienen costumbres y formas de ambas culturas: andina y occidental. Este trabajo lingüístico recrea y expone el mundo mestizo colonial del Perú, una realidad que no hay que dividir en bandos si no, por lo contrario, hacer el trabajo de amalgamar en una convivencia diaria.

Con el idioma castellano los peruanos no hicieron una literatura representativa de su cultura siendo que no es posible una expresión verdadera de la naturaleza, el paisaje, la espiritualidad y creencias andinas de la historia del territorio americano. "El quechua es la expresión legítima del hombre de esta tierra, del hombre como criatura de este paisaje y esta luz".

En *Los ríos profundos* (1957) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971)- novela póstuma-, las comunidades indígenas, marginadas, buscan su lugar en un nuevo territorio. A través de la combinación de idiomas, tanto en diálogos como en la narración, el autor refleja la diversidad de la región, la pluralidad de voces que se entrecruzan y enfrentan, las diferencias en los pensamientos, formas y necesidades de nombrar el contexto. Las novelas narran a través de diálogos, cantos, danzas, melodías y ritmos, la realidad multicultural que coexiste en constante tensión y, a la vez, transformación. La oralidad quechua es llevada a la racionalidad de la escritura, lo cual conlleva a la recuperación de espacios culturales perdidos desde la Conquista.

Como metodología posible para el encuentro con las tradiciones orales andinas, Silvia Rivera Cusicanqui nos presenta el concepto sociología de la imagen con el objetivo de encontrar las costumbres que fueron sepultadas por la lengua escrita o imposibilitadas de definirse y trascender en la cultura por no tener expresión. “Desde una perspectiva histórica, las imágenes me han permitido descubrir sentidos no censurados por la lengua oficial”. Como ejemplo de esto, la autora cita a Waman Poma de Ayala en *Primer nueva crónica y buen gobierno* (1612-1615), carta dirigida al rey de España escrita en una mezcla de lenguas y acompañada por imágenes/dibujos que completan el mensaje. Lo escrito no se comprende sin la imagen y viceversa. Resalta en la carta la noción de Mundo al revés basada en la noción de pachakuti. Queda en evidencia la idea de orden/desorden en cuanto al tiempo y a las estructuras o jerarquías sociales. Si bien el autor respeta el calendario gregoriano, se puede apreciar, tanto en las imágenes como en el texto en lengua quechua, la importancia del clima, los rituales y el orden cósmico andino en cuanto a la productividad de las tierras. “Todos los órdenes expuestos se concentran en mostrar la organización temporal y espacial de la sociedad indígena, entendida como un orden justo y un buen gobierno”. Rompiendo la linealidad temporal, el rumbo nos lleva a lo cíclico, a la actualización de lo que yace y está en juego en el presente que, a su vez, contiene reminiscencias/memorias del pasado y apuestas/semillas a un futuro. Para Rivera Cusicanqui es necesario que los americanos nos descolonicemos a través de la práctica y no de la teoría construida dentro del mismo colonialismo por intelectuales que no representan el multiculturalismo en su totalidad que existe en el territorio y producen una “inclusión condicionada”.

Lo *ch'ixi*, en lengua aimara, es aquello que es y no es la vez, es un color que deviene de la mezcla de otros dos colores opuestos: es el blanco sobre el negro y el negro sobre el blanco como identidades que se articulan buscando conjugar ambos mundos: el indio y el europeo, para que puedan coexistir en una yuxtaposición y no en una mezcla. La socióloga boliviana trabaja para lograr la descolonización en tiempo presente de los pueblos indígenas a través de la práctica. Se presenta en contra de la noción de *hibridex* siendo que esta palabra es utilizada desde el estado y denota olvido y blanqueamiento; en contra del término *pueblos originarios* ya que, si pertenecen al origen en sí, se estaría negando una posible contemporaneidad de las poblaciones. La epistemología *ch'ixi*, por ejemplo, injerta la lengua aimara como parte del castellano. Al cuestionar las palabras podemos actualizar nuestra epistemología y reconocer las raíces, sin temer a la incoherencia, a lo inexplicable. De cierta manera es una rebelión contra la racionalidad de la identidad moderna. Cuando seamos descolonizados, dejaremos de ser indio, europeo, mestizo, o lo que sea, para ser *gente*. Descolonizaremos nuestros gestos, actos y lengua al retomar el bilingüismo como una práctica tanto oral como escrita de manera tal de que lo indio conviva y actualice la cultura occidental.

El choque de la cultura andina y occidental en el siglo XVI fue asimétrico. Tuvo a la escritura como elemento constitutivo: sistema que se mantiene y registra en

archivos la historia y las tradiciones, tanto andinas como occidentales, de la época. La literatura proclamada como latinoamericana es, en su gran mayoría, de autoría de sectores dominantes desprovistos de las cualidades necesarias para transcribir las prácticas y costumbres locales. Sin embargo, existen documentos, archivos, imágenes, metodologías y literaturas alternativas que posibilitan un registro de lo oral, lo reflejan y reivindican. Tal es el caso de los textos de Guamán Poma y José María Arguedas, textos que reflejan la experiencia autónoma de los marginados dentro del contexto colonial y transcriben las costumbres y cultura de una sociedad mayormente sepultada utilizando el bilingüismo y la mistura de expresión: cantos, ritmos, ilustraciones. ¿Podríamos considerarlas literaturas extraterritoriales a pesar de pertenecer el mismo territorio? Considero que sí, siendo que expresan en un territorio -aunque propio- conquistado, y en una lengua que no es aquella utilizada en el sistema socioeconómico: escriben en una lengua que no es la materna dentro de un sistema literario nuevo.

Las tradiciones orales andinas son parte de nuestra historia y memoria, no pertenecen meramente al folclore o a estudios étnicos antropológicos. La reunión sobrevive en Latinoamérica como parte esencial de nuestra cultura. En épocas como las que vivimos, de crisis de sistema e instituciones, reverdecir nuestra memoria y traerla a la práctica en un giro hacia lo autóctono es el comienzo de un nuevo ciclo en el que los marginados pueden representarse a sí mismos, expandir las costumbres, las culturas, y permitir una coexistencia dando lugar al *pachakuti*: despejando el horizonte para reestablecer una sociedad justa, de actualización constante, en la que se vuelve al pasado y a la memoria como camino para un futuro colectivo.



## Referencias bibliográficas

- ARGUEDAS JOSE MARIA, *Entre el quechua y el castellano: la angustia del mestizo*, La prensa Buenos Aires, 1939.
- BARRENECHEA ANA MARIA, *El español de America en la literatura del siglo XX a la luz de Bajtín*, Lexis, 1986.
- CHAKRATOVY SPIVAK GAYATRI, *¿Puede hablar el subalterno?*, El cuenco de plata, 2011.
- LIENHARD MARTIN, *La voz y su huella*, Casas de las Américas, 1990.
- RIVERA CUSICANQUI SILVIA, *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Tinta Limón, 2010.

## Pérdida en la extremidad: polar ecomedia y la representación del cambio climático

Valentina León Alcántara



Valentina León Alcántara

### Sobre la autora:

*Egresada de Licenciatura en Literatura y Lingüística Inglesas por la Pontificia Universidad Católica de Chile en 2025. Sus intereses recaen en la literatura Antigua y Medieval, así como en los estudios de exploraciones polares y sus convergencias con la ecocrítica. Actualmente cursa dos diplomados.*



Hace solo un par de días, estudios arqueológicos han logrado identificar los restos esqueléticos hallados en Gladman Point en 1859, un punto remoto en el archipiélago Ártico Canadiense, como pertenecientes al marino Henry Peglar (“DNA matches identify sailors from Franklin expedition”). Estos restos, por más de cien años ya, se han convertido en un misterio de sumo interés para investigadores de exploraciones polares, puesto que Peglar formó parte de la expedición fallida de John Franklin al Ártico en 1845, y porque a corta distancia del cuerpo, se encontró una pequeña billetera de cuero que contenía los llamados “Peglar papers”. Los “Peglar papers” son documentos escritos a mano que, a pesar del daño producido por la humedad y el paso del tiempo, aún son parcialmente legibles. Los documentos incluyen un certificado oficial de marinero a nombre de Henry Peglar, una parodia corta del poema “The sea” (1831-1832) de Barry Cornwall, relatos de aventuras y observaciones hechas por medio de escritura especular, y otros mensajes crípticos que se mantienen indescifrables producto del deterioro del papel. Que registros arqueológicos de este tipo hayan sobrevivido es una rareza, considerando que el ambiente húmedo y fluctuante propio de los polos terrestres aceleran la destrucción u oxidación de la mayoría de los artefactos, especialmente aquellos hechos en papel. Sin embargo, durante el período de masificación de la exploración polar, a mediados del siglo diecinueve y a principios del veinte, aún se dependía del papel y de la escritura como medios principales de recopilación de información y comunicación, por lo que se ha conseguido reunir un amplio corpus precisamente de estos escritos.

La autora Hester Blum, en su texto *The News at the Ends of the Earth*, ofrece el término polar ecomedia como todo aquel “conjunto efímero de materiales impresos y otros medios informativos precarios creados a bordo de barcos atrapados en el hielo durante la oscuridad de inviernos de altas latitudes” (2), los cuales incluyen, pero no se limitan a, periódicos impresos en barcos hacia o dentro del Ártico y la Antártica, notas en botellas, folletos de teatro, mapas hechos de materiales orgánicos, mensajes en botellas, cartas, notas escritas en los márgenes de documentos oficiales u en otros papeles así como los identificados en los “Peglar papers”, y diarios personales o de navegación. Estos tipos de textos se caracterizan por ser objetos transitorios, confeccionados solamente para un uso temporal o testimonial, la mayoría de las veces sin la presunción de que sean preservados o que sobrevivan el viaje de vuelta a casa. Blum indica que la polar ecomedia “personifica las condiciones oceánicas de la deriva, contingencia, dispersión y aniquilación” (182), volviendo a estos textos una respuesta directa a las condiciones extremas y cambiantes del ambiente donde fueron llevadas al papel.

Estos míticos viajes de exploración polar tenían una duración de varios años, y se caracterizaban por la inmensa distancia que se alcanzaba con cualquier otro foco de civilización, por la oscuridad, hambre y frío permanente, por el hacinamiento dentro de los barcos y la proliferación de enfermedades producto de esto, y por el sentimiento de alienación con el vasto, errático e implacable territorio polar que los rodeaba. A modo de pasar el tiempo, los tripulantes escribían: cartas, poemas, obras de teatro, bitácoras; conscientes de que, a menos de que gozaran de mucha suerte, sus escritos perecerían por la constante humedad, o por un fuerte viento que se los llevara lejos, o por la necesidad de alimentar la calefacción del barco. De aquí, el énfasis en el aspecto efímero de este tipo de textos. En este sentido, la polar ecomedia puede considerarse un ejemplo de cómo se escribe sobre aquello que no perdura, aquello que se pierde, en tres niveles superpuestos: primero, puesto que estos viajes de exploración eran en sí transitorios, de paso, no diseñados para perdurar mucho tiempo, con una fecha de inicio y fin antes de volver a la “vida real”, a la normalidad del asentamiento humano; segundo, porque el texto se escribía sobre papel, un material frágil y finito que muchas veces se perdía o deshacía a lo largo de la expedición; y tercero, ya que el sentimiento de normalidad, temporalidad y pertenencia geográfica de los marinos se perdía durante el viaje, y de una forma u otra se anhelaba la escritura como el medio para reflejar y procesar aquel estado psicológico de pérdida.

Uno de los tipos de *polar ecomedia* más populares de los que han sobrevivido registros son los periódicos Árticos y Antárticos, algunos ejemplos siendo los anglosajones *Illustrated Arctic News* (1850-51), *Ice-Blink* (1853-55), y *Arctic Eagle* (1903-4), el alemán *Ostgrönländische Zeitung* (1869-70), y el noruego *Framsjaa* (1893-96). A bordo de los barcos se transportaban máquinas de imprenta instaladas en los estrechos pasillos entre los camarotes, y era la misma tripulación la que delegaba entre sí las tareas de confección, formato e impresión de los periódicos.

Curiosamente, Blum indica que “[los exploradores] se tornaban hacia el género periódico no para transmitir noticias a modo de información—el contenido de los periódicos es paródico, ligero y absurdo—sino para estructurar sus meditaciones en la temporalidad polar, la comunidad y la circulación” (44, el énfasis es mío). El periódico polar imponía el orden diurno y la demarcación temporal de la vida en la ciudad (una objetividad alrededor de la cual implícitamente se conformaba la misma existencia, y que se daba por sentada hasta que se perdía) a un territorio sin sol ni claros límites geoespaciales.

La escritura de cartas personales a familiares y amigos también ejemplifica la manera en que los marinos procesaban la pérdida de la cercanía e intimidad con su entorno, debido a que el mundo de las exploraciones polares no era uno que facilitara el mantenimiento de lazos afectivos entre los miembros de la tripulación. Esto, porque típicamente las tripulaciones se conformaban a través de convocatorias abiertas, cuya selección quedaba supeditada a la decisión de los altos mandos o capitanes, y que concluía en grupos altamente heterogéneos, los cuales, además, se deshacían al final de cada expedición y se volvían a conformar desde cero para cada nueva convocatoria. Asimismo, las continuas condiciones de hacinamiento, confinamiento, precariedad y posibilidad de ascender en las estrictas jerarquías navales alimentaban la hostilidad y competitividad entre los tripulantes. *May We Be Spared To Meet On Earth: Letters of The Lost Franklin Arctic Expedition* es tal vez la compilación más extensa y completa de correspondencia polar que actualmente se ha publicado, lo que lo vuelve un documento invaluable para estudiar, a través de fuentes primarias, el estado mental de los tripulantes durante estas expediciones. Las cartas expresan, en su mayoría, las rutinas, preocupaciones, y expectativas, así como la emoción y ansiedad de sus remitentes, siempre con el ambiente gélido y hostil como personaje de fondo. Sin embargo, el texto posee una obvia limitante, y es que se compone solamente de las cartas que se escribieron previamente a la llegada de los barcos al Ártico y que, por lo mismo, lograron ser entregadas a sus destinatarios antes de que estos desaparecieran. La expedición de Franklin terminó en tragedia, sin que ningún miembro haya podido sobrevivir, por lo que cualquier instancia de polar ecomedia escrita en los momentos más críticos de la expedición se ha perdido —hasta el momento—para siempre, resaltando una vez más la fragilidad inherente de la escritura en ambientes de extremidad.

Reflexionar sobre las formas y el contenido de la escritura polar naturalmente nos acerca a nociones de supervivencia humana, así como a la representación ambiental en el Antropoceno. El cambio climático, y el progresivo deshielo de los polos, son realidades científicas cuyas consecuencias se han vuelto un elemento más del imaginario colectivo: el rápido derretimiento de gigantescos icebergs, osos polares en medio de pequeños hielos a la deriva, la alteración de corrientes oceánicas globales que han provocado inundaciones en distintas partes del planeta, entre otras. La era de exploración polar nos ha heredado modos de plasmar la extremidad y representar la pérdida en la escritura, pero así también nos ha legado discursos sobre

el territorio Ártico y Antártico vinculados al nacionalismo, imperialismo y capitalismo, que se han infiltrado en las conversaciones sobre el cambio climático y sus efectos. Hester Blum se refiere a esta representación ambiental presente en la polar ecomedia, y espera que al estudiarla a fondo “podamos imaginar—y ojalá, mediar—el cambio climático y la extremidad ecológica hoy [...] ¿Qué género de escritura, qué medio comunicacional, emerge del, y es demandado por, el Antropoceno?” (5). Además, Blum examina las imágenes que se priorizan al hablar del cambio climático, y si estas realmente son efectivas para generar conciencia y educar sobre el tema: “Las perspectivas mediáticas que suelen ofrecerse sobre las regiones polares son en su momento de agotamiento, de desaparición, y aún no han dado con un marco narrativo suficiente para personificar sus contornos oceánicos y planetarios” (10-11). A fin de cuentas, la conversación de la polar ecomedia gira en torno a la escritura y a la formación de narrativas que elaboran nuevos sentidos al territorio que eventualmente pasamos a integrar. La polar ecomedia puede responder preguntas sobre cómo es que se escribía sobre la pérdida humana (de la normalidad, temporalidad, y pertenencia geográfica) mientras ésta estaba sucediendo, así como los modelos literarios que se prefieren en su gran mayoría (los más personales, los que privilegian la primera persona y la experiencia psicológica interna) para caracterizar esa misma pérdida.

La polar ecomedia evidencia cómo los marinos imponían su experiencia humana y sus pérdidas personales en el territorio mismo, no obstante, hoy en día, en el contexto del cambio climático y la desaparición de los polos, debemos encontrar la manera de hacer lo opuesto, de capturar la pérdida del territorio mismo y transmutarlo a una narrativa humana, cercana, personal, con el propósito de acercarla y volverla tangible para las personas. Se ha comprobado que los escritores y las historias son elementos cruciales para fomentar la empatía y la conexión con aquello que entendemos como el “clima”, el “ambiente” y el “planeta” (Kelly-Akinuoye). Las personas tienden a conectar con historias, no con datos y hechos. Por lo mismo, la naturaleza de la polar ecomedia: su efimeridad, fragilidad, dispersión y temporalidad, puede servirnos como plantilla para pensar en formas más efectivas de representación narrativa ligadas al cambio climático propio del Ártico y la Antártica. En palabras de Blum, desarrollar un marco narrativo que se apodere realmente de los contornos imprecisos y de los movimientos oceánicos de estos extremos polares.



# 4 - Poesía

## **V. Botkin**

Oda al amigo perdido  
Oda al país perdido

## **Alonso Mejías Ureta**

Un deseo  
Campana  
Esquirla

## **Carla Peluso**

De la serie Lo que no sabré de vos

## **Gina Tebay**

Registro de un desprendimiento

## **Diego Berenguer**

En la casa que dejaste las puertas no cierran

## **Mercedes Moreno**

Cajita oxidada

## **Gonzalo Robles Fantini**

Bajo el sol penetrante

## **Gastón Acevedo Muñoz**

Abandono  
¿Papá?

## **Patricio Foglia**

Máquina Borges - Otras inquisiciones

## **Ariel Gil Morales**

El arte de escribir  
Musa

## **Antonella Flores Matzkin**

Viendo y considerando



# V. Botkin



V. Botkin

## Sobre el autor:

*(n. 1977) Profesor de literatura comparada. Experto en autores rusos y norteamericanos. Ha traducido numerosos autores del ruso y del inglés, y ha escrito sobre la figura del comentarista y las formas menores del paratexto. En su tiempo libre, disfruta del ajedrez y la entomología. Sus textos aparecen ocasionalmente en revistas literarias. Vive solo.*

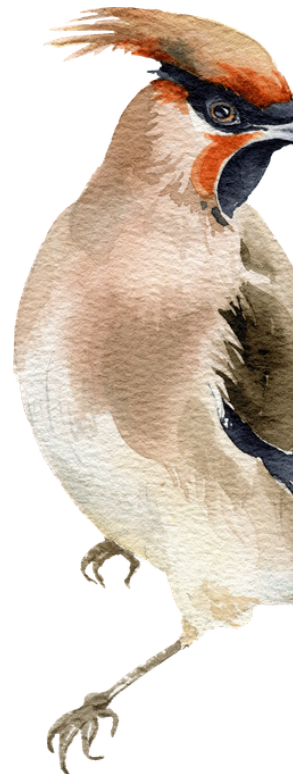
## Oda al amigo perdido

¿Podríamos llamarlo luto?  
Ver tu paso alejarse  
hacia un lugar que ya no me incluye,  
como si no sólo te hubiesen arrebatado la vida  
sino también el tiempo.

Querido amigo,  
me has heredado la más terrible de las condenas:  
la resistencia al olvido.

Por eso voy armándote una y otra vez:  
te construyo con palabras ajenas,  
con tus poemas incompletos;  
esculpo tu ausencia  
en índices y notas al pie de página.

Te convierto en resúmenes,  
en palabras clave;  
deslomo tus metáforas  
y encuentro, siempre,  
alguna razón nueva para sentirme triste.



Tengo en mi escritorio  
el último poema que me diste,  
y lo he corregido en silencio,  
línea por línea,  
hasta dejarlo parecido a mí.

La vida es cruel:  
el que sigue vivo es el poeta menor,  
aquel que sigue escribiendo sobre ti  
para no tener que escribir sobre su soledad.  
¿Acaso no es lo mismo?  
Ya no lo sé.

## Oda al país perdido

No ver la misma casa  
en la que aprendí los nombres  
de los árboles del patio,  
aquel paraíso diminuto  
donde fui joven  
sin saberlo.

Que el aire  
sepa siempre a otro aire,  
aunque uno aprenda el idioma,  
las costumbres,  
los nombres de los vecinos.

Extrañar una avenida,  
la forma de un rostro,  
el ritmo tímido  
en que ocurría  
mi propio idioma.

Que nadie pueda medir  
—aunque lo intente—  
el tamaño de la pérdida,  
ni la forma solitaria  
en que una maleta espera,  
sobre el armario,  
a llenarse para el regreso  
a un lugar donde ya nunca  
se me permite volver.

# Ariel Gil Morales



Ariel Gil Morales

## Sobre el autor:

(Santiago 1977). Egresado del Diplomado de Escritura Creativa de la Universidad Diego Portales Periodo 2023. Su acercamiento a la literatura parte con poesía desde temprana edad, pero comienza a publicar en 2025 como parte de la antología de microcuentos "Textículos" y luego con su libro de cuentos "Los Niños de Nadie" ambos de Editorial Tintapujo / Chile.

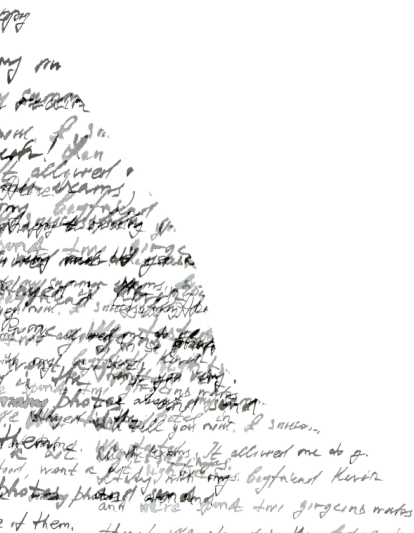
## El arte de escribir

Para hacer que la afición  
se vuelva también oficio,  
en este santo vicio  
de andar entre letras y palabras,  
se ha de perseverar  
sin sentarse a esperar  
a que llegue de pronto la musa,  
que se vuelve figura difusa  
como peregrino en la niebla.

Por un momento meditar  
y después entregarse a la obra  
sin prisa y más bien lento.  
Porque, aunque solo en dos letras  
se vayan como agua las horas,  
no cabe entonces desesperar  
si en el alma, el deseo atesora,  
de historias poder contar.

Preciso es nunca olvidar  
y tener en cuenta siempre esto:  
a escribir, se aprende escribiendo.

Como lo hizo Santa Teresa  
que despacio contó su suerte  
o Neruda, Mistral y Quiroga  
en sus cuentos de Amor, Locura y Muerte.



Zweig habló del amor,  
la soledad, el dolor y la guerra.  
Saramago de que estamos ciegos  
porque en el alma está la ceguera.  
Todo sin prisa, todo con calma,  
aunque el tiempo corre y no espera,  
igual se ha de ir lento,  
que aquí quien va lento prospera.

## Musa

A veces espero a la musa  
con la cabeza en la almohada,  
y su figura algo difusa  
percibo a través del sueño.  
Me sopla al oído versos sin dueño  
que, con los sopores de la madrugada,  
vuelven su voz tan confusa.

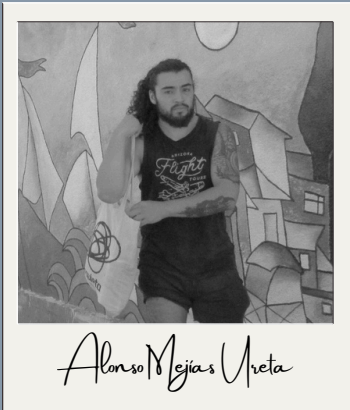
Ay de mí, rondando en la cama,  
en las noches de insomnio,  
sin descifrar su canto de sirena  
que me a veces me aturde,  
que a ratos me llama,  
que también me sacude,  
igual que el oleaje rompiendo en la roca.

Hada traviesa que la frente me toca  
con su dedo invisible,  
a la espera de que broten  
las palabras en cascadas,  
como lluvia o formen un río.

Pero se hace tanto esperar  
y al desesperar, el cuerpo reclama.  
Los párpados exigen bajar el telón  
que separa la vida de la muerte transitoria,  
cuando ya no sé si soy yo  
o es ella quien me trae de la mano  
por mundos que al despertar desaparecen  
después de inclinarse a susurrarme al oído  
historias y versos, como una Sherezade  
que se evapora al alba, danzando en el aire  
mientras se desvanece el sueño.



# Alonso Mejías Ureta

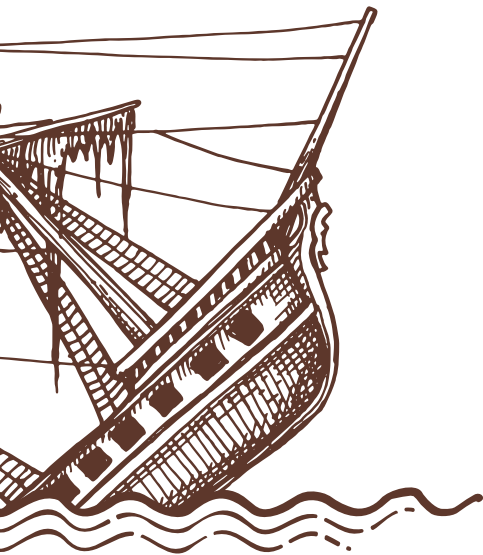


## Sobre el autor:

*(Santiago de Chile, 2001). Corrector de textos, mochilero y poeta chileno, reside en Argentina desde el año 2021. Algunas de sus traducciones y de sus poemas han aparecido en revistas digitales, y es autor del libro de poesía Los barcos hundidos (Patronus 2025).*

## Un deseo

Recibes tu cumpleaños  
con la ropa sucia y una resaca  
rampante  
Una mujer que amas  
a tu costado la sombra  
de tantas costas  
que has visto partir  
Los barcos hundidos  
la catástrofe acumulada  
que no desaparece  
aunque lo pidas  
al minuto  
de soplar las velas.)



## Campana

Caerán los jinetes del día cabalgando sobre la sombra  
vencerán los hierros de las rejas que quedaron del diluvio  
Ninguna mañana será como las anteriores  
extrañaremos el invierno y el amor,  
seremos criaturas tan desdichadas  
como un viejo borracho en la primavera.

# Esquirla

*"They're selling postcards of the hanging"*

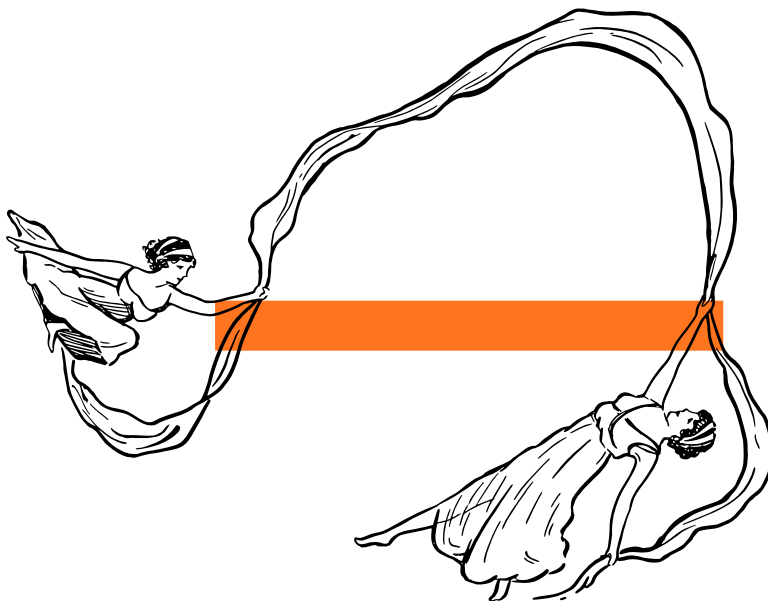
*Bob Dylan*

I.

Si la palabra me fuese  
suficiente te contaría  
como de a poco me come la noche  
se estiran los vasos y la cabeza  
camina en dirección al disparo

II.

Del ahora a mis veintidós puntos  
se confunden los cielos  
escucho gritos piedras  
Pasan helicópteros guardo  
la respiración los libros  
comienzan a comerse mi casa  
La cabeza se queda a vivir en el disparo  
Sigo cubierto de sangre  
mientras un chanco en la cocina  
Escribe 64 seis veces en la pared  
*Estoy mal, Lola, casi no sueño*  
Tampoco consigo escribir.



# Antonella Flores Matzkin



## Sobre la autora:

*Correctora literaria de la Universidad Nacional de Córdoba; es poeta y riojana, madre y estudiante siempre. Desde pequeña, aprendió la poesía de la mirada de su tía Tita, quien le enseñó a leer y escribir entre líneas, por ella hoy brinda talleres literarios y servicios editoriales.*

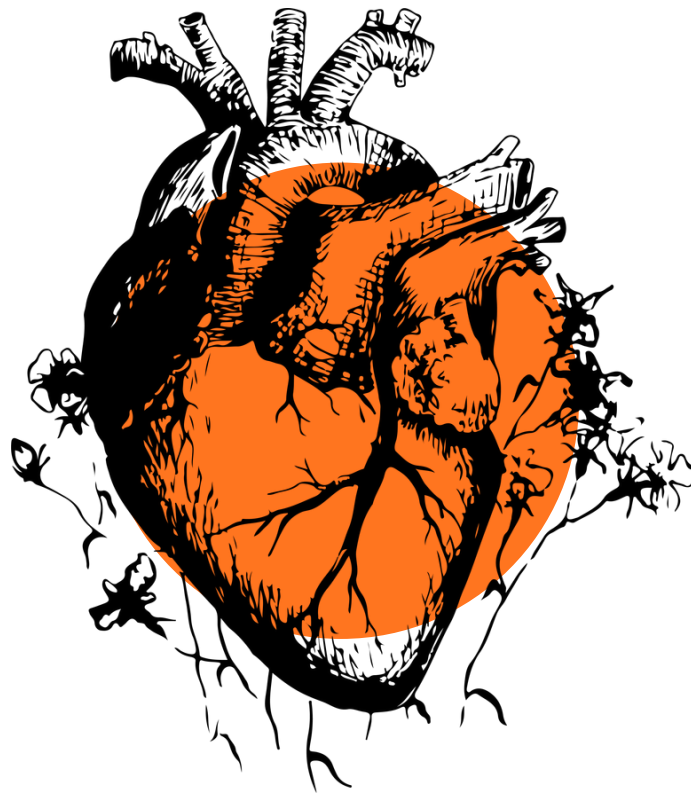
## Viendo y considerando

que ya gasté el fichín para jugar a la familia  
 que no me queda vuelto para otro  
 porque sale caro  
 porque sale años  
 porque sale un ticket directo al recuerdo  
 de lo rápido que me alejo de mí  
 que yo gasté la mejor etapa de mi niña en llamarte  
 que no salió como lo planeé  
 ni ella de mí  
 ni vos hacia mí  
 ni nosotros en fotos familiares  
 que en todas las fotos yo te miro a vos  
 que vos siempre miras a otras partes  
 y yo miro a esas partes para conocerte mejor  
 que mi hija me mira a mí sin pedirme nada  
 que yo la miro a ella y no entiendo por qué me ama  
 tanto  
 si todavía no hice nada  
 sólo traerla  
 sólo darle mi cuerpo  
 sólo darle mi más profundo terror  
 desbloqueado ante cualquier amenaza  
 sólo mi aliento mamífero y feroz



sólo mis gruñidos salvajes frente todo peligro  
y luego mi mano en su pecho para ver si respira  
los baños de sol para su piel amarilla  
el derrumbe de mi mente andamiada  
mi arenga para volverme más fuerte  
porque ahora yo no soy por mí nomás  
que yo gaste el fichín para amarme por mí  
que ya no me queda vuelto para pagar más  
inconciencia  
porque me sale caro  
sale años mentirme y tener miedo  
porque sale un ticket directo a una figura despellejada  
una yo inocente y frágil  
puro hueso de quien soy  
y las noches de insomnio me han dado el músculo  
que no descansa  
que abandona el juego  
que ya lo tiene todo

me miro  
y soy más fuerte  
y sola que nadie



# Carla Peluso



## Sobre el autor:

*Nació en 1987 en Buenos Aires, Argentina. Estudió dramaturgia y guión de cine. Es técnica en Gestión Cultural por la Universidad Nacional de Avellaneda. Formó parte de los talleres de escritura de Iris Rivera, Ariel Bermani y Flor Fragasso. Participó, desde 2021, del Proyecto Bylpli (Biblioteca y Librería Popular Literatura Inclusiva).*

## De la serie Lo que no sabré de vos

1

Tomamos mate en la plaza  
observaste la iglesia  
tus manos en la espalda  
a la altura de la cintura  
entrelazadas

A la vuelta saqué fotos  
ibas al volante del Renault 12  
el rosario blanco  
colgaba del espejo retrovisor  
la luneta descascarada  
tus venas tensándose

Hoy hablé con la Luchi  
tampoco sabe por qué  
se acuerda tanto de ese día

15

Palabras que olvidé:  
colifa  
minga  
macana



Las que decías con enojo:  
bicicletear  
ni en curda  
engrupir

Las que me daban risa:  
gila  
bagre  
julepe

Las que me nombraban:  
pichona  
salame  
piojo  
cielito

17

Las piernas de la alemana  
la noche que te emborrachaste  
el ramo de flores que Amelia no quiso

Lo que no sabré de vos



# Gina Tebay



Gina Tebay

## Sobre la autora:

*De Rosario, Argentina. Estudió comunicación social en la UNR y dicta talleres de escritura para adolescentes en una biblioteca popular de la ciudad. Publicó su primer poemario "Invitación al vacío" en 2023 con la editorial Halley Ediciones.*

## Registro de un desprendimiento

Como un ritual silencioso  
en medio de un terreno salvaje  
elijo buscar certezas en la contemplación de las cosas.

El viento se lleva puesto el río  
el agua bruscamente  
se mueve

va

y viene

va

y viene

en la monotonía de ese movimiento  
el paisaje queda arrasado  
mientras yo estoy quieta  
pero atravesada  
por el aire frío.



# Diego Berenguer



Diego Berenguer

## Sobre el autor:

*Desde Viña del Mar, Diego Berenguer, a sus dieciocho años, confecciona una poesía desde el desgaste del recuerdo, expresando aquel remordimiento que habita en la conciencia al dejar ir el recuerdo, desde el balcón de la inherente pérdida.*

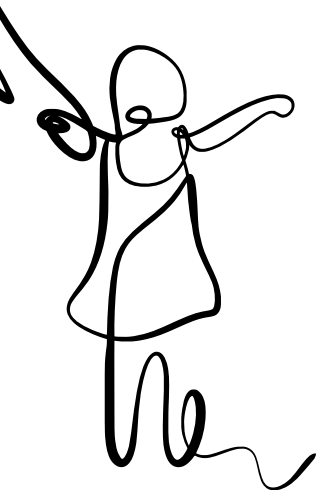
## En la casa que dejaste las puertas no cierran

*A mi abuela Kuka*

¿Cada cuánto te sientas  
a pintar retratos de Dios?  
Regaste el pasto seco  
de tu jardín verde esperanza,  
ya no quieres salir a fumar  
porque te cuesta verlo a los ojos.

¿Cada cuánto rezas  
a los pies de tu cama?  
Y pides a Dios padre  
un nuevo cuerpo;  
un nuevo ángel  
donde sobrevivir.

¿En qué ocasiones silbas  
a los interruptores? ¿Televidentes?  
Suenan los sonetos de una puerta tintineante,  
de colgantes largos  
y orfebrería barata  
¿Tienes mañas?



¿Sigues pidiendo por los tuyos  
en tus tardes libres?  
Te cuesta atender el teléfono  
de seis a seis,  
de risa en risa,  
un carro rimbombante  
se estaciona en nuestro porche.

¿Sigues tan sola como antes  
frente a un lienzo en blanco?  
La figura del padre de padres  
se desvanece en el cielo,  
y las monedas que juraste pasar  
se fueron con tus secretos.



# Mercedes Moreno



Mercedes Moreno

## Sobre la autora:

*Nació el 5 de octubre de 1976 en la ciudad de Buenos Aires. Es Profesora en Letras (Universidad Nacional de Mar del Plata). Actualmente trabaja como docente en el nivel secundario y coordina talleres de lectura y escritura. Su último libro de cuentos publicado fue Las Mendizábal, editorial Limbo (2025).*

## Cajita oxidada

tus pies  
juegan con los míos  
debajo de la sábana  
se estiran  
como cuerdas  
se enojan, se buscan,  
se reconcilian

me gusta  
el pedacito de cielo  
asomándose por la ventana  
de noche  
las cicatrices son invisibles

las yemas de tus dedos  
acarician  
el relieve  
de mis imperfecciones  
tengo una cajita oxidada  
donde guardo  
las palabras que se escapan  
el canto de los grillos  
tu respiración agitada



# Gonzalo Robles Fantini



Gonzalo Robles Fantini

## Sobre el autor:

*Nació en Santiago en 1975. Es periodista de profesión. Desde que era veinteañero escribe cuentos y poemas. Ha participado en diversos talleres literarios en narrativa y poesía y ha obtenido algunos reconocimientos.*

## Bajo el sol penetrante

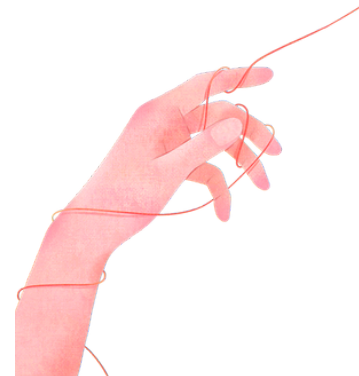
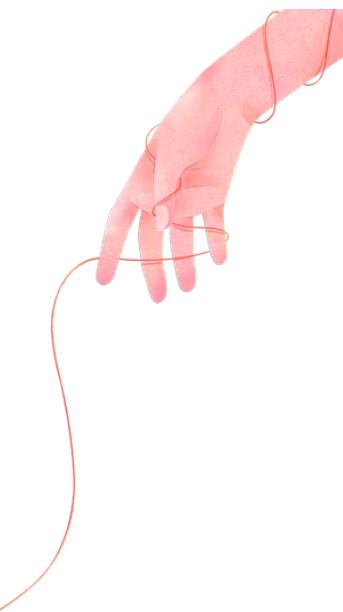
*A mi padre, Alejandro Robles Squella (1941-2008)*

Terreno descampado, pedregoso  
la canícula estival deja su impronta  
sequedad en el paladar, letargo a cada paso  
los peregrinos de tu linaje, Alejandro  
avanzan a tientas, extraviados y torpes.

No es posible divisar en el horizonte  
al viejo Roble, el cobijo a tu sombra.

Desde tu partida, el sol penetrante  
encegueció la mirada, aturdió con espejismos  
cabezas calientes fueron seducidas  
por la codicia y el dinero fácil.

La templanza de tu amparo  
es un bien escaso en estos días.

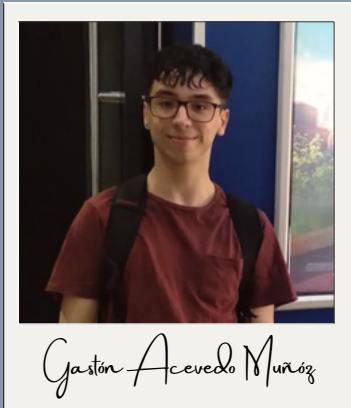


Tráiganme la camisa del hombre feliz  
ordenó el monarca a sus súbditos  
prenda de vestir inexistente  
la sabiduría es un eufemismo  
travestido la verdad gracias a la belleza  
del verbo y la alquimia.

Tal vez hizo falta, Alejandro  
no leer tanto a Neruda, mirar de cerca  
la sencillez de los versos de Teillier  
el diamante prístino de Lautaro  
revelado bajo el cielo nacido tras la lluvia.



# Gastón Acevedo Muñoz



## Sobre el autor:

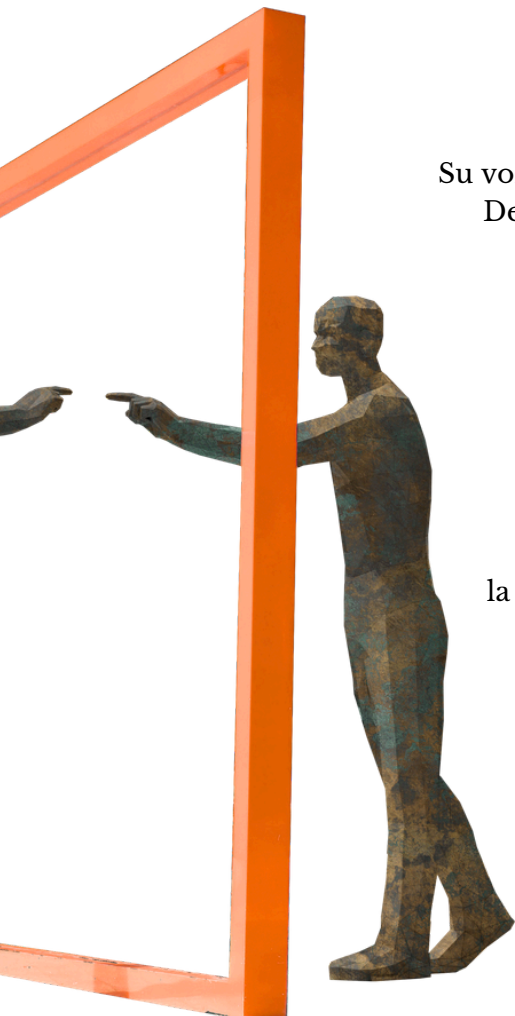
*Licenciado en literatura de la Universidad Diego Portales. Es de Curicó y en el presente año está cursando la carrera de Pedagogía media en Lenguaje en la misma universidad. Escribe narrativa y poesía.*

## Abandono

Me educó con ausencia y violencia  
Con un legado de pura mierda.  
Su voz era consciente y su mente actuaba sin piedad  
Debajo de las sábanas, en el baño, en ausencia  
De hombres que si me hubieran querido  
Como hijo, no como un desecho.

Olvido el amor al deber.  
No así su pasión al beber.

Hombre dichoso, con doble moral.  
En el silencio de este escrito  
Que las lágrimas no se acobardan;  
la herida vuelve en la dificultad del día a día;  
No con él;  
sino conmigo:  
su huacho,  
su problema.



## ¿Papá?

¿Qué?

Quiere conocerme, pero es mentira, el tono de su voz le traiciona  
A más no poder.

Su mente colisiona en medio de su fracaso como hombre.  
invadiendo mi cabeza con tormentosos pensamientos:

La pena de no haberme querido  
El sufrimiento que me llama a llorar  
El odio que me quema al juicio:

Mandaría al diablo a juzgarlo  
Llamaría a sus cuatro jinetes  
Tocaría las campanas  
Despertaría todos sus sentimientos,  
Rompería su mente,  
cuerpo,  
alma,  
corazón  
Y aún así,  
nunca le  
importe.



# Patricio Foglia



## Sobre el autor:

*(Buenos Aires, 1985) es poeta, traductor y productor. Publicó, entre otros libros, Sampler (2° Premio Municipal Bienio 2022/23), Oscuras flores de duelo y una mochila llena de dios. Tradujo obras de Sharon Olds, Mary Oliver y May Swenson. Coordina talleres y el ciclo de lecturas Meditaciones en una emergencia.*

## Máquina Borges - Otras inquisiciones

*All those moments will be lost in time,  
like tears in the rain*  
Roy Batty

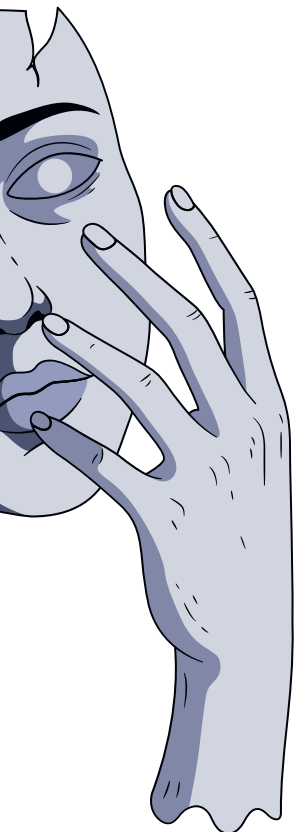
1

Leí, días pasados  
me satisfizo y, a la vez, me inquietó  
yo siento que los hechos  
yo, ahora, las invoco  
yo la juzgo perfecta  
alegaré  
comentaré  
me refiero al autor  
yo creí que la casi infinita literatura  
estaba en un hombre

bástenos retener  
esperemos que volvió  
a encontrarse con su ángel

nada, o muy poco son, me parece  
las levitaciones, resurrecciones  
y apariciones

¿Qué explicación preferiremos?



(...) 3

¿Por qué nos inquieta  
¿Por qué nos inquieta

Creo haber dado con la causa  
Empezaré

No sé  
digo  
leemos  
pero podemos olvidarlos sin riesgo

he pronunciado la palabra alegorías  
nos encaran  
Que yo sepa  
no sé  
sé

Notamos que un proceso lógico  
ha sido engalanado y disfrazado  
por el autor, "para deshonra  
del lector", como dijo Wordsworth

No digo que era estúpido  
digo que pensaba por imágenes  
No sé de qué manera  
No soy un novelista

(...) 14

admiro su destreza dialéctica  
la facilidad con que aceptamos  
nos impone clandestinamente  
y nos concede la ilusión  
de haberlo inventado

(...) Sospecho, sin embargo  
podemos postular  
Ignoro, aún,  
No sé si existe  
Yo entiendo que así es  
Lo rememoro así

No quise determinarle rumbo a esa caminata  
procuré una máxima latitud  
Realicé, en la mala medida de lo posible,  
eso que llaman caminar al azar;  
acepté,  
me alejó

No quiero significar

(...)

La marcha me dejó en una esquina.  
Aspiré noche Me quedé  
mirando esa sencillez

Pensé  
Conjeturé  
y sentí

Me sentí muerto,  
me sentí percibidor abstracto  
(...)

La doctrina que acabo de exponer  
ha sido interpretada perversamente  
podemos comparar  
entendiendo que es posible

-tal vez, inevitable-  
yo, desgraciadamente,  
soy



# 5 - Reseñas

Muerte y estado de irrealidad

Por: Cecilia Zamorano



# Muerte y estado de irrealidad

Cecilia Zamorano



Equipo Editorial 6+1

## Sobre la autora:

*Empezó escribiendo poesía cuando era niña, como quien descubre un refugio secreto. Más tarde llegó la narrativa, siempre desde la orilla íntima de una afición. En 2018 se inscribió en unos primeros talleres de narrativa. Durante la pandemia continuó explorando: tomó talleres de Escritura Online y, en uno de ellos, se convirtió en coautora de una antología junto a un grupo de mujeres. Actualmente, cursa el Magíster de Escritura Creativa de la UDP, decidida a darle un sustento académico a aquello que la ha acompañado desde siempre: la necesidad de escribir.*

*El año del pensamiento mágico*, es un libro donde Joan Didion comparte su experiencia tras la muerte repentina de su marido el escritor John Gregory Dunne y cómo en su pensamiento irreal creyó que él volvería. Por ejemplo, no pudo desprenderse de sus zapatos porque si volvía él los iba a necesitar.

Para lidiar con el dolor de la pérdida y el duelo, Joan Didion entró en un estado de irrealidad y creyó —o quiso creer— que su marido iba a volver.

La autora es una mujer lúcida, racional y analítica que entra en un estado de irrealidad cuando pierde a su marido. Veremos tres de sus ideas argumentativas :

Manifiesta que no creía que la muerte de él había sucedido por lo tanto, él volvería, porque esta situación era reversible.

*Por supuesto que yo sabía que John había muerto...*

*Y sin embargo yo no estaba preparada para aceptar que la noticia fuera definitiva: a cierto nivel creyendo que lo sucedido todavía era reversible. Por eso necesitaba estar sola.*

*Necesitaba estar sola para que él pudiera volver.*

*Aquel fue el principio de mi año de pensamiento mágico.*

Donar la ropa de un difunto a instituciones de beneficencia es algo rutinario. La autora donó bolsas con prendas de su marido a la iglesia episcopaliana de Saint James, sin embargo, no pudo regalar sus zapatos porque, describe poéticamente, él podría necesitarlos para volver. Leemos:



*Todavía no estaba preparada para enfrentarme a los trajes, camisas y chaquetas, pero sí pensé que podía encargarme de los zapatos que quedaban, lo cual era un principio.*

*Me detuve en la puerta de la habitación.*

*No pude dar el resto de sus zapatos.*

*Me quedé allí un momento plantada y entonces me di cuenta de por qué: si John quería volver, le iban a hacer falta los zapatos.*

Didion, si bien se crió en una familia católica, no creía en la resurrección del cuerpo, sin embargo, aturdida de dolor, espera que, si se dan las circunstancias adecuadas, su esposo volverá.

*Porque yo no creía en la resurrección del cuerpo.*

*Ni tampoco Teresa Kean... ni Walden McClure.*

*Ni siquiera ni marido, que era católico.*

*Yo me imaginaba que esta forma de pensar resultaba clarificadora, pero de hecho era tan confusa que hasta se contradecía a sí misma.*

*Porque no creía en la resurrección del cuerpo, pero aun así creía, si se daban las circunstancias adecuadas, John volvería.*

Él volvería cuando ella estuviera sola; no se desprendió de sus zapatos porque había internalizado que él los iba a necesitar si decidía regresar. Afirmó que no creía en la resurrección del cuerpo, pero aun así pensaba que, si se daban las circunstancias adecuadas, John podría volver. Se infiere que, al estar sola, podía pensar en él con mayor libertad, y esa intimidad silenciosa le permitía sostener la posibilidad de su regreso.

El tema de los zapatos es especialmente concreto, porque en su ilusión ella retiene algo íntimo suyo. Allí se manifiesta el apego: ese lazo afectivo estable que lleva a una persona a buscar cercanía, protección y consuelo en otra. Por eso, con la muerte, el impacto es tan profundo: no solo perdemos a la persona, sino también la estructura emocional que nos sostenía.

Respecto a la resurrección, si ella no cree en esto, es poco probable que haya imaginado en algún momento cuáles serían las condiciones para que su marido volviera. Lo más seguro es que no lo hiciera, porque para ella todo era demasiado confuso.

\* \* \*

Finalmente, la muerte es un tema universal que mantiene plena vigencia y fuerza en el presente, y la seguirá teniendo, porque tarde o temprano siempre llega. Para enfrentar el dolor de la pérdida y el duelo, Joan Didion entró en un estado de irrealidad y creyó —o quiso creer— que su marido no había muerto. Ese estado de irrealidad corresponde al pensamiento mágico y puede entenderse como una forma de trascender el dolor por la pérdida de un ser muy cercano y querido. ¿Hay algo que podría haber hecho Joan Didion para no caer en la negación en este estado? Sí: escribir este libro. La escritura le permitió transformar el dolor y la confusión; al narrar su experiencia traumática convierte la negación en lenguaje y el pensamiento mágico en una forma de entender la pérdida, facilitando un proceso de aceptación y reflexión personal.



# 6 - Entrevista

## **Todo lo que un libro hace desaparecer**

Entrevista a Jacobo Zanella y Mauricio Sánchez  
Editores de Gris Tormenta

## **Me gustó venirme a Chile**

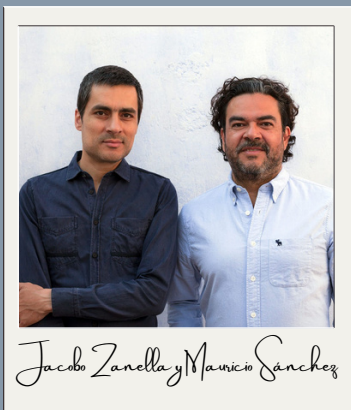
Entrevista a Rafael Gumucio



# Todo lo que un libro hace desaparecer

## Entrevista a Jacobo Zanella y Mauricio Sánchez

Por: Paulo Cañón



### Sobre los entrevistados:

*Jacobo y Mauricio son los editores de Gris Tormenta, un taller editorial que reflexiona sobre la intersección contemporánea entre escritura, lectura y edición. Explora, así, la idea del libro mismo, sus posibilidades, componentes y estructuras.*

Gris Tormenta es un taller editorial de Querétaro que publica libros sobre los libros: sobre cómo se editan, cómo se leen, cómo circulan, cómo aguantan en el estante de una librería. No edita ficción y no recibe manuscritos. Casi todos sus títulos los imaginan los editores antes de que el texto exista. En esta conversación, Mauricio Sánchez y Jacobo Zanella vuelven sobre una intuición que recorre todo su catálogo: un libro terminado esconde a las decenas de personas que lo hicieron y al trabajo que costó armarlo. El lector recibe un objeto y no ve nada de lo que hubo detrás. Gris Tormenta edita para recuperar todo lo que un libro hace desaparecer.

**gris tormenta**

**gris tormenta**

**gris tormenta**

Fuente: Página web - Gris Tormenta

**Gris Tormenta se define como un “taller editorial” que reflexiona sobre la intersección contemporánea entre lectura, edición y escritura. ¿Qué cambia en la práctica el hecho de llamarse “taller” y no simplemente “editorial”? ¿Es una distinción filosófica, operativa, o las dos cosas?**

La edición y los procesos de publicación de cualquier libro son siempre un trabajo colaborativo, pero muchos lectores no saben que hubo veinte, cuarenta, sesenta personas detrás de él. En Gris Tormenta tratamos de visibilizar a todas esas personas y procesos. Esta manera de trabajo se asemeja más a un trabajo de taller, en donde todos tienen que ver con todos, y todos conocen el proceso del otro, dependiendo cada uno del anterior, y tratamos de dejar evidencia de eso en los libros que publicamos. Tal vez por eso quisimos llamarle Taller Editorial Gris Tormenta: que la palabra *editorial* pasara de sustantivo a adjetivo, de lo general a lo particular, porque queríamos trabajar libros de esta manera: imaginar todos los aspectos de un volumen terminado —leído— y luego regresar al punto cero para decidir qué teníamos que hacer para llegar a esa sensación de poslectura. Ese trabajo lo asociábamos a un taller de ensamblaje de partes, con herramientas tradicionales y un estilo minucioso en extremo.

La idea de *taller* tiende hacia lo tradicional, hacia la seriedad. Podríamos situarlo entre el trabajo del *artesano* (lo repetitivo, lo ritual, un fin en sí mismo) y el *laboratorio* (lo experimental, lo disruptivo, un medio para un fin). Lo que los tres conceptos comparten es lo colectivo y lo premeditado. El artesano busca conservar algo respetándolo, mientras que el científico de laboratorio busca comprobar algo, destruyendo una noción preexistente en el proceso. Nuestros libros, como proceso editorial, se sitúan en el centro de esta categorización, quizá un poco más cerca de la experiencia del laboratorio que del trabajo del artesano.

**Su catálogo es, en buena medida, un catálogo sobre el propio ecosistema del libro: la escritura, la lectura, la edición, la librería, la distribución. ¿Cómo surgió esa vocación tan específica y tan autorreflexiva? ¿Fue una decisión desde el principio o se fue revelando con el tiempo?**

Fue un proceso orgánico, y nos ha tomado por sorpresa: la primera decisión que tomamos fue, en 2017, la de iniciar con una colección de antologías, llamada *Disertaciones*, en donde queríamos explorar conceptos que no pueden definirse, y lo queríamos hacer a través de múltiples voces escribiendo —disertando— alrededor de una interrogante o de un concepto subjetivo. Para construir esos libros, dentro de la editorial, jugamos mucho con los procesos de lectura, edición y escritura, algo cercano a las prácticas de *copy-paste*. Nuestras siguientes colecciones fueron apareciendo con los años: *Editor* (2018), *Paisaje Interior* (2022) y *Miradas* (2024). Fue hasta la última de estas colecciones que nos dimos cuenta de que *Editor* estaba

dedicada a la edición, Paisaje Interior a la escritura y Miradas a la lectura —y que la primera, Disertaciones, las contenía a todas, por lo menos las sospechaba, las anticipaba. Pero nada de esto fue planeado. Lo fuimos descubriendo con los años.

En retrospectiva, podríamos decir que uno de los hallazgos más inquietantes de trabajar en una editorial es aprender, con el paso del tiempo, cómo se hace un libro en su totalidad, conocer todo lo que hay detrás de ese objeto a veces intocable, a veces admirado, que llena los estantes de una librería o de una biblioteca, y del que pocos se preguntan cómo llega a existir realmente, quiénes son los responsables de que llegue hasta ahí. Esa cercanía larga e intensa genera un deseo de compartirla, de convertirla en el centro, y no la periferia, de lo que se publica.

**Gris Tormenta declara explícitamente que no recibe manuscritos. ¿Cómo funciona entonces el proceso de adquisición? ¿Quiénes proponen los libros, y cómo se construye la conversación entre el taller y el autor antes de que exista un texto?**

Dentro de la editorial nos fuimos imaginando colecciones, primero, y después los libros que existirían dentro de las colecciones. Casi todos los libros que hemos publicado son así: imaginados o contruidos por los editores antes de que existan. Después salimos a buscar a ver si ese texto ya existe (y lo convertimos en libro) o si lo tenemos que comisionar. O si será un híbrido.

Cuando el texto ya existe es mucho más fácil: hablamos con el autor para contarle por qué queremos usarlo, en qué colección, con qué cometido, y lo editamos o lo adaptamos. Cuando se comisiona, hay que dialogar con el autor (le mandamos libros físicos antes) para que conozca la editorial y la colección específica a la que pertenecerá su texto —probablemente será un texto que no tendrá cabida en otra editorial, por su especificidad. Hay excepciones, y a veces sucede al revés: un autor conoce una colección, la sigue, le gusta, y nos propone un libro para ella. Pero encontrarnos con un libro en una librería, leerlo y pensar «lo queremos publicar en Gris Tormenta tal como está» es mucho más raro: ha pasado tres veces en nueve años, y la sensación es muy extraña: «¡Pero si ya está todo hecho! Es demasiado fácil».



**Las cuatro colecciones —Paisaje Interior, Miradas, Editor y Disertaciones— forman un mapa muy preciso del universo que les interesa. ¿Hay textos que no encajan en ninguna de las cuatro y que por eso no publican, aunque les gusten? ¿Qué queda fuera de ese mapa?**

Hay muchos textos y libros que nos encantaría publicar, pero que no encajan en ninguna de las colecciones. Nunca publicamos nada fuera de colección, lo sentimos como un error en el catálogo, un error muy visible, así que todo eso se queda fuera. Tratamos de que la editorial sea identificable, y gran parte de esa identificación es definir líneas claras y apegarnos a ellas. Eso lo aprendimos de Jacobo Siruela en Atalanta, y también observando, a lo largo de los años, la satisfacción que encontrábamos en colecciones bien definidas y cerradas: nos parece una idea muy estimulante.

Queda mucho fuera de ese mapa. En realidad nuestro mapa de trabajo es muy limitado: son libros alrededor del libro (entendiendo el libro como lectura más edición más escritura) o libros hechos de libros. Queda fuera el 99% de lo que leemos, pero también hemos llegado a pensar que lo que le gusta leer a un editor no necesariamente debe coincidir con lo que publica; debe de haber una forma editorial deliberada, como en la escritura.

**Dado que publican ensayo y reflexión sobre el acto de leer y escribir, ¿cómo es el proceso de edición de esos textos? ¿Un libro sobre escritura se edita de manera distinta a uno sobre, digamos, distribución o librerías?**

Los procesos editoriales son distintos para cada una de nuestras cuatro colecciones, pero dentro de cada colección los procesos de edición son muy similares. Cada colección tiene una forma muy precisa, que se replica, con ciertas variantes o grados de libertad, en todos sus títulos. La colección Miradas, por ejemplo: el proceso de edición de cada libro es casi idéntico, pero no se parece en nada al proceso de edición de un texto o un libro de Paisaje Interior. Por la manera en que están construidas, cada una demanda algo distinto: es la forma la que dicta qué hay que hacer y qué no.

**¿Cómo trabajan el paratexto —solapas, notas, presentaciones— en libros cuyo tema es ya de por sí meta-literario? ¿Hay un riesgo de que el aparato editorial compita con el texto?**

Nos gusta mucho que haya ese riesgo. Nos gusta mucho que el paratexto compita con el texto. Se convierte en un juego de espejos; nos divertimos —y creemos que puede llegar a ser interesante también para el lector, como si un libro pudiera leerse al derecho o al revés.



**Publican libros sobre cómo se edita, sobre cómo circulan los libros, sobre cómo funciona una librería. ¿Alguna vez un libro de su propio catálogo les ha cambiado algo en la forma en que trabajan? ¿Han editado algo que los haya obligado a revisarse?**

Con todos los libros de la colección Paisaje Interior hemos aprendido a leer mejor. Con todos los libros de Disertaciones hemos estado aprendiendo a editar. Y con los libros de Editor, en particular, hemos aprendido algunas cosas, por supuesto: *Fallar otra vez* de Alan Pauls puede ser el germen de toda una filosofía de la creación, *Editar «Guerra y paz»* de Mario Muchnik muestra caminos del oficio editorial, *El tiempo de la mariposa* de Selma Ancira habla de una manera de traducir que nos sigue sorprendiendo, los libros de Cecilia Fanti, Louise Willder y Víctor Malumián son puro aprendizaje, *El sonido de una voz* de Lewis Lapham da claridad sobre cómo se selecciona o edita un texto. Mencionamos estos solo como ejemplo, pero hay más; de casi todos los libros que editas aprendes algo. Cada uno de los libros de esta lista, por lo menos, nos ha dejado pensando, nos ha hecho preguntarnos cosas que no habíamos considerado.

**Si tuvieran que publicar un libro sobre Gris Tormenta —sobre lo que es este taller, su lógica, sus decisiones, sus contradicciones—, ¿en qué colección caería? ¿Y quién les gustaría que lo escribiera?**

Hemos pensando en ese libro más de una vez, pero probablemente no llegue a suceder. Sería en la colección Editor, y quizá sería un libro que hablara sobre la colección Editor (risas), lo cual sería el colmo.



# Me gustó venirme a Chile

## Entrevista a Rafael Gumucio, exiliado en París

Por: Lillian Contreras



### Sobre el entrevistado:

*Profesor de Castellano y Magíster en Literatura de la Universidad de Chile. Ha colaborado con medios chilenos tales como El Mercurio, Las Últimas Noticias, La Nación, Paula y los fenecido APSI y Metropolitano, y medios extranjeros tales como El País en España, Letras Libres y Gatopardo en México, y New York Time y el Diario La Prensa en Estados Unidos. Parte del equipo fundador de la revista The Clinic y de la revista Fibra. Guionista, animador y realizador de programas de humor como el mítico Plan Zeta y Gato x Libre. Autor de varios libros entre los que se cuenta Memorias prematuras, Los platos rotos, La deuda y Los Parientes pobres, aparte de los perfiles Nicanor Parra, Rey y Mendigo y El vértigo de Eros: Roberto Matta en Nueva York, 1939-1948. Es director del Instituto Experimental de Estudios Humorísticos de la Universidad Diego Portales.*

Rafael Gumucio, escritor y profesor universitario chileno, llegó de vuelta del exilio de la dictadura Pinochetista, en septiembre de 1984. Tenía 14 años y toda una vida por delante. Siempre quiso volver a Chile.

Su primer recuerdo al volver a su país fue el radiante sol que había ese día y el polvo, que también le llamó la atención. La notoria pobreza en esa década de los 80. Todo aquello se contraponía al país europeo del cual venía, que era muy frío y oscuro, sobre todo en invierno y otoño. Otro momento que le quedó grabado como si fuese hoy y que le marcó en exceso fue que en el mismo avión que llegó él, posteriormente se llevarían el cuerpo del cura Jarlan (1) asesinado por la dictadura chilena. Rafael, recuerda esos años con muchas protestas y manifestaciones en las calles. El venía solo con una idea de lo que pasaba en Chile, por lo que escuchaba en noticieros radiales de algunos medios de comunicación alternativos o por lo que contaban los que llegaban al exilio, pero muy distinto era vivirlo en carne propia.

Siguiendo en el día de la llegada, Rafael recuerda que les esperaban muchos familiares y que se dirigieron a un departamento en Providencia. Relata que era inevitable no asombrarse por todo lo que vivía en ese momento: *“Me impresionaba todo, el ambiente enrarecido de protesta, de clandestinidad y guerra. A la vez me gustó porque sentía una especie de heroísmo y que éramos alguien, cosa que no pasaba en París. También me llamó la atención la familia, mi mamá tenía 15 hermanos, por lo que además eran muchos primos, mucha familia”*.

Fuente: Página web - Gris Tormenta

## Origen

El abuelo de Rafael Gumucio por parte paterna era Rafael Gumucio Vives (2), a quien el presidente Salvador Allende lo había nombrado embajador en Francia, pero el Golpe Militar le impidió asumir y debió partir al exilio en París. Los padres de Rafael y su hermano, tuvieron que emigrar al exilio con ellos, también.

Rememora que cuando retornaron algo pasó y tuvieron que estar medios clandestinos en Chile, porque aparecían como personas *non gratos* en unos listados: *“cuando llegamos a Chile hicieron un decreto especial de personas no gratas, que no podían estar en Chile, como corrigiendo la lista de los que habían ingresado por gente que no podían estar. Personas indeseables, en esa lista nos pusieron a mi hermano, a mi mamá y a mí, en circunstancias que ya estábamos en Chile, por lo que tuvimos que entrar a la clandestinidad. No podíamos sacar carnet, ni hacer vida normal. Entramos al colegio Latinoamericano como oyentes, sin registro, después de seis meses se corrigió, porque fue un error, al parecer por tener el mismo nombre de mi abuelo, en mi caso. Lo que doto de cierta épica ese tiempo, en dictadura y clandestino. El colegio no nos gustó y nos cambiaron a otro colegio, en el Latino además vivimos el episodio de los degollados y del cual, uno de ellos, Manuel Guerrero, era mi profesor y el hijo mi compañero, lo que me produjo un trauma.*

El escritor chileno y académico de la UDP en el magister de Escritura Creativa comenta que siempre tuvo la intención de volver a Chile y que le gustó venirse, aunque el ambiente fuera hostil y peligroso a mediados de los 80: “a mí me gusto venirme a Chile, en vez de querer arrancar de todo, aunque el panorama no era muy amable, me sentí parte de él y llamado a hacer algo.

Tampoco éramos muy felices en Francia, vivíamos bastante marginales, éramos distintos. Estaba en un colegio normal, aunque me habían echado de uno por distraer a mis compañeros y ser muy conversador”.

El escritor de varios libros (3) sintió el compromiso político a su llegada a Chile y fue militante de un partido de izquierda:

“Acá en Chile, prontamente entre a militar a la Izquierda Cristiana, que era el partido de mi familia, pero era bastante mal militante porque era muy moderado. Las juventudes de la IC eran más revolucionarias porque estaban infiltrados los Mapu Lautaro y compañía, yo no estaba de acuerdo con ellos, de hecho para el plebiscito yo estaba a favor de participar por el No. Ellos querían irse a las armas con la rebelión y a mí no me parecía”.

Nunca volvió a vivir en Francia, solo fue un par de veces de vacaciones.

**Notas:**

1. André Joachim Jarlan Pourcel fue un sacerdote católico francés, asesinado en la población La Victoria, en la comuna de Pedro Aguirre Cerda, durante una manifestación contra Augusto Pinochet.
2. Rafael Gumucio Vives (Santiago, 22 de febrero de 1909 - Santiago, 28 de junio de 1996). Abogado y político de la Falange Nacional, Partido Demócrata Cristiano, Movimiento de Acción Popular y de la Izquierda Cristiana. Senador por la Cuarta Agrupación Provincial "Santiago", en el período 1965-1973, y diputado por la Séptima Agrupación Departamental "Santiago" Primer Distrito, en tres periodos consecutivos entre 1955 y 1965. Subsecretario de Hacienda durante los gobiernos de Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla. Regidor por Santiago entre 1938 y 1941. Presidente de la Falange Nacional y del Partido Demócrata Cristiano entre 1954 y 1957, y en 1957-1958 y 1967-1968, respectivamente.
3. Entre las obras de Rafael Gumucio destacan: El vértigo de Eros (UDP, 2025); Los parientes pobres (2024); Hotel Montana y otros cuentos (2021); Nicanor Parra, rey y mendigo (2020); El galán imperfecto (2017); Milagro en Haití (2015) y Mi abuela, Marta Rivas González (UDP, 2013), además de sus emblemáticos títulos Los platos rotos (2003) y Memorias prematuras (1999)

